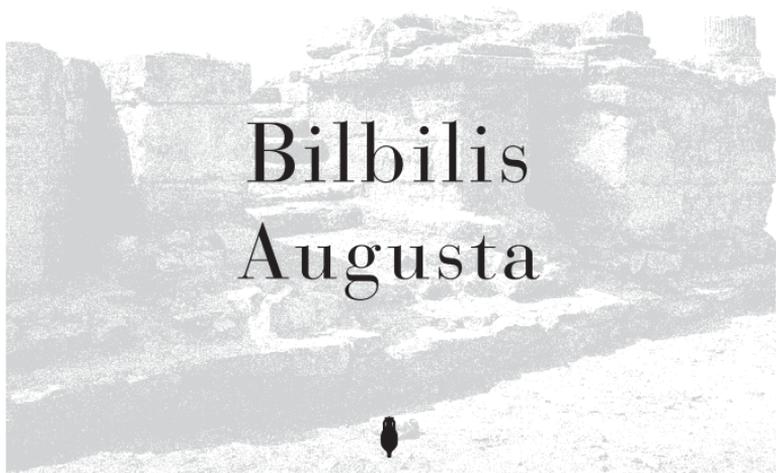


Manuel Martín-Bueno



Equipo 

*Dirección:*

Guillermo Fatás y Manuel Silva

*Coordinación:*

M<sup>a</sup> Sancho Menjón

*Redacción:*

Álvaro Capalvo, M<sup>a</sup> Sancho Menjón, Ricardo Centellas  
José Francisco Ruiz

Publicación nº 80-49 de la  
Caja de Ahorros de la Inmaculada de Aragón

Texto: Manuel Martín-Bueno

Ilustraciones: M. Martín-Bueno y C. Sáenz Preciado

I.S.B.N.: 84-95306-10-7

Depósito Legal: Z. 43-2000

Diseño: VERSUS Estudio Gráfico

Impresión: Edelvives Talleres Gráficos

Certificados ISO 9002



# ÍNDICE



MARCIAL REGRESA A BÍLBILIS	5
¿DÓNDE ESTÁ BÍLBILIS?	8
ORIGEN DE LOS BILBILITANOS	10
DE LA REPÚBLICA AL IMPERIO	15
CRISIS Y DECADENCIA DEFINITIVAS	23
LA VIDA COTIDIANA DE LOS BILBILITANOS	25
CANTERA FÁCIL: BUSCAR BÍLBILIS EN CALATAYUD	30
ESTUDIOSOS DE SU PASADO	32
EL REENCUENTRO CON BÍLBILIS	37
CÓMO ERA LA CIUDAD	42
TOPOGRAFÍA Y URBANISMO	46
UN SISTEMA DE CONSTRUCCIÓN INTELIGENTE	57
ZONAS PÚBLICAS: FORO, TEATRO, TERMAS	60
El foro	60
Otros templos de la ciudad	69
El teatro	70
Las termas	82
ZONAS RESIDENCIALES: CASAS DE RICOS, CASAS DE POBRES	86
Bibliografía	94

*A Víctor y Elena*

## MARCIAL REGRESA A BÍLBILIS



**H**ace poco más de mil novecientos años, Marco Valerio Marcial regresó a su *Bilbilis* natal tras haber pasado gran parte de su vida en Roma, dedicado al noble propósito de subsistir en o cerca de la Corte imperial, con un trabajo a menudo tan poco lucrativo como la poesía.

Malos vientos corrían entonces en la capital del Imperio para quien como él, panegirista del propio emperador Domiciano, se había esforzado notoriamente en el servicio a la anterior dinastía reinante, la Flavia, de la que recibió honores y algunos medios económicos para mantenerse. Los tiempos habían cambiado y con ellos el trono imperial, en ese momento en manos del bético Marco Ulpio Trajano, el primero de los grandes emperadores hispanos, poco dado a favorecer a los partidarios declarados de su antecesor. La prudencia y la oportunidad, esta última una constante en la vida del singular bilbilitano, favorecieron una decisión acertada que le permitió reencontrarse con sus paisanos y con su lugar de origen, el orgulloso *Municipium Augusta Bilbilis*. Pero, a su regreso, ¿cómo encontró Marcial a la ciudad que le vio nacer?

Los testimonios de la época y las palabras del propio poeta, en algunos de sus epigramas, ponen de manifiesto

que Bílbilis era una activa y laboriosa poblaci3n, de tamaño medio entre las de su categoría y con influencia en su comarca. Pero Marcial, habituado al ajetreo de la Roma imperial, no debío de acostumbrarse a la vida provinciana y pas3 sus 3ltimos años, según 3l mismo decía, en «*contumacissimae desidiae*», lo que se podría traducir libremente como “en tremendo aburrimiento”, aunque en buena compañía, hasta su fallecimiento al poco de iniciarse el siglo II de la era.

Uno de los retos de la arqueología aragonesa es llegar a desentrañar c3mo fue aquella ciudad, que en el transcurso de los siglos, y trasladada a comienzos de la Edad Media a su actual emplazamiento, no ha perdido ese carácter de cabecera comarcal activa e industriosa y que, al mismo tiempo, ha mantenido unas fuertes dosis de conservadurismo en su fisonomía, en sus costumbres y en sus gentes; aunque no por ello ha renunciado a asimilar, en cantidades sabiamente administradas, las innovaciones que impone el paso del tiempo.

Seguramente, Marcial vería así a sus conciudadanos, una vez superado el momentáneo entusiasmo del reencuentro. Sin duda, el poeta escuch3 comentarios alusivos a las causas de su regreso, ciertamente precipitado, a su carencia de fortuna y al hecho de aceptar la ayuda que le brind3 la viuda Marcela para instalarse en su nuevo domicilio. Sus opiniones al respecto, aunque cabe imaginarlas dado su carác-

ter crítico y corrosivo, más vale dejarlas en el tintero. No obstante, es bien claro en la composición poética que dedica a sus paisanos, que finaliza diciendo:

*Si acogéis con buena voluntad al que retorna, iré;  
si tenéis el corazón bosco, me volveré.*

Es posible que no estuviera en condiciones de cumplir su bravuconada, llegado el caso, pero el valor no le faltaba.



*El Jalón desde Bilibis*

## ¿DÓNDE ESTÁ BÍLBILIS?



**L**a vinculación de Bóbilis con la actual Calatayud es correcta con matices, ya que el despoblado bilbilitano se encuentra a orillas del río Jalón, aguas abajo de la ciudad moderna, a unos 5 km por la carretera de Calatayud a Soria. Debe tomarse la comarcal de Embid de la Ribera hasta alcanzar, pasado el cementerio, un desvío señalado a la izquierda que sube por un camino asfaltado hasta el moderno Centro de Interpretación del yacimiento de Bóbilis. La última parte del recorrido, que hay que hacer a pie, permite al visitante circular sobre la antigua vía romana de acceso a la ciudad y entrar en ella por una de sus dos puertas principales, al tiempo que le evita pasar directamente del asfalto a la dura tierra de una excavación arqueológica, y con ello del siglo XX al siglo I sin transición alguna.

A sus pies se levanta Huérmeda, barrio pedáneo de Calatayud, cuyos habitantes son, en realidad, los genuinos sucesores y herederos de los antiguos bilbilitanos.

Hasta Bóbilis se puede llegar también desde Huérmeda, a pie, por el camino conocido de antiguo como “del barranco de los sillares”, que se encarama por una empinada pero agradable cuesta desde el emplazamiento de la puerta baja de la ciudad romana, hoy desaparecida, hasta la zona central del foro y el teatro.

## Centro de Interpretación de Bilibilis

Financiado por la CAI e inaugurado en julio de 1998, el Centro de Interpretación de Bilibilis está situado al final del camino asfaltado que conduce al yacimiento desde la carretera comarcal de Embid de la Ribera, debidamente señalizada.

Abre al público durante los meses de verano (del 1 de junio al 30 de octubre) y en vacaciones de Semana Santa, y está atendido por personal especializado, en horario de mañana y tarde.

Cuenta con un amplio aparcamiento para turismos y autobuses, servicios y una pequeña tienda de recuerdos de la Asociación de Amigos de Bilibilis. Posee, asimismo, un pequeño almacén, despacho-mostrador y una caseta de maquinaria. También dispone de folletos divulgativos sobre lo que fue la ciudad romana y sobre la comarca bilbilitana. La información se presenta en una sala bien iluminada, mediante paneles ilustrados con planos y fotografías que facilitan la visita a los restos conservados, así como una maqueta del centro monumental y muestras de pavimentos romanos.



*Centro de información del yacimiento*

## ORIGEN DE LOS BILBILITANOS



Los bilbilitanos pertenecieron al grupo de tribus celtíberas encuadradas en la Hispania Citerior en época romano-republicana. Estaban, por tanto, emparentados con los belos y los titos, sus vecinos más inmediatos, y, con lazos un poco más lejanos, con los arevacos, la poderosa tribu que desde Numancia hizo frente a sucesivos ejércitos consulares romanos y pusieron en ridículo a varios de ellos hasta encontrar la horma de su zapato en Publio Cornelio Escipión Emiliano, apodado *el Africano*, quien, desde el 133 a.C., año de la caída y destrucción de la ciudad, recibió también el apelativo de *Numantino*. Los bilbilitanos formaban parte de la tribu, en principio menos belicosa, de los lusones, cuya capitalidad ostentaba precisamente Bilibilis, y tuvieron una historia un tanto curiosa y todavía no suficientemente conocida, en el marco de los avatares de los siglos II y I a.C., de conquistas y guerras frente a Roma.

Los lusones ocupaban un territorio que se extendía por las riberas del Jalón medio y del Jiloca. Empezaron a tener contacto con los ejércitos romanos en las primeras décadas del siglo II a.C., cuando el ejército de Quinto Fulvio Flaco emprendió la tarea de abrir una ruta segura por el valle del Jiloca, desde el corazón de Celtiberia, hacia el levante

mediterráneo (181 a.C.). Con ello se trazaba un nuevo acceso desde *Saguntum* (Sagunto), hasta las tierras del Jalón medio, y se establecía una doble vía de enlace con el valle del Ebro y con la Meseta. La apertura de una auto-vía, largamente reclamada, supondría, en esencia, volver a revitalizar unas comunicaciones ya valoradas por los romanos del siglo II a.C.

Las campañas de Fulvio Flaco tuvieron necesariamente que afectar a la lusona Bílbilis. Sólo años después, tras las campañas de Tiberio Sempronio Graco (180-179 a.C.), de buen recuerdo entre los hispanos por haber firmado una paz honrosa con la que culminó la primera Guerra Celtibérica, se consideró pacificada la región y es de suponer que las ciudades celtíberas, Bílbilis entre ellas, gozaron de cierta prosperidad.

Sin embargo, poco iba a durar esa bonanza, ya que en el año 156 a.C. volvería a encenderse el fuego de la guerra. En este segundo gran enfrentamiento tomarían parte las más poderosas tribus de la región, con el resultado ya conocido de la caída de Numancia; pero no adelantemos acontecimientos.

*Segeda*, ciudad celtíbera capital de los belos, que debe situarse en Belmonte de Gracián, decidió ampliar su recinto amurallado contraviniendo, según interpretación romana, los términos del tratado firmado con Graco años antes: en él se imponían limitaciones a la construcción, por parte

de los pobladores indígenas, de nuevas ciudades que pudieran suponer un peligro para la seguridad y estabilidad de la zona. Los belos argumentaron que nada se decía sobre la ampliación de ciudades ya existentes y continuaron en su porfía, lo que motivó la declaración de guerra del Senado romano, al considerar roto el pacto. De inmediato fue enviado un ejército consular; ante su presencia, los segedanos, que habían acogido al resto de su tribu pero no habían podido acabar de construir sus murallas, optaron por pedir asilo a los poderosos arevacos, cuya capital, Numancia, ofrecía la seguridad de un prestigio bien ganado por su fortaleza y firmeza en conflictos anteriores.

Este hecho desencadenó una larga guerra de agotamiento, sangrienta hasta límites inconcebibles, en la que se vieron involucradas no sólo las tribus celtíberas sino también las vecinas. Tras diversas vicisitudes, entre las que se cuentan la captura del cónsul romano Hostilio Mancino y varias derrotas de la gran potencia militar del momento, la historia terminó con el duro asedio impuesto por Escipión y la entrada en Numancia, sembrada de cadáveres; la ciudad fue finalmente arrasada y sus supervivientes masacrados o reducidos a la esclavitud. La paz romana se imponía de nuevo.

No se sabe con certeza lo que ocurrió con Bílbilis y los lusones durante esos años. Su proximidad a *Segeda* y a otros asentamientos belos es manifiesta; por tanto, no

podrían ignorar unos acontecimientos que estaban ocurriendo “a la puerta de casa”, y razones de buena vecindad y vínculos de sangre les obligarían a no quedar impasibles ante aquellos hechos. Es de suponer que prestarían algún tipo de ayuda a los sufridos belos y, desde luego, les brindarían paso franco por sus tierras en su marcha hacia Numancia, lo que suponía tomar partido directamente y enfrentarse a Roma.

De todas formas, no queda testimonio escrito de lo sucedido y la explicación no es sencilla. Se puede suponer que Bílbilis se mantuvo neutral —cosa poco probable—, respetando así el tratado de Graco según la interpretación romana, pero también es posible que las fuentes no desearan reflejar la magnitud de la sublevación y callaran detalles y nombres de sus participantes.

Sea como fuere, los lusones, cuyo origen remoto (quizá precéltico) todavía no está desvelado por completo, mantuvieron a partir de entonces una posición cómoda de acercamiento paulatino a Roma, cuando no de apoyo decidido. Esta conducta motivó que en el siglo I a.C. Bílbilis recibiera colonos itálicos que, atraídos por las ventajas de una población amiga y por intereses económicos y estratégicos, la fueron modelando hasta convertirla en la más romanizada de la zona.

En el transcurso de la guerra civil que enfrentó en suelo hispano a Quinto Sertorio y Quinto Cecilio Metelo, la ciu-

dad fue conquistada al asalto por el primero (77 a.C.) y, después, reconquistada por Metelo, quien venció a los sertorianos en sus inmediaciones (74 a.C.). Durante el posterior conflicto entre pompeyanos y cesarianos (49-45 a.C.), Bílbilis se alineó en el bando de César, seguramente por la voluntad de sus habitantes, muchos de ellos itálicos.

La *Bilbilis Italica* de las monedas acuñadas en esos años mostraba bien a las claras su identidad a todos los que la quisieran valorar y, sin duda, Roma lo hizo. La fuerza de las clientelas se había impuesto e iba a ofrecer sus frutos poco más tarde.

Pero, ¿qué se había hecho de los antiguos lusones en esos momentos en que las viejas luchas de resistencia a Roma eran ya historia pasada? No habrían olvidado su origen ancestral, pero es fácil imaginar que la penetración de la cultura romana, su lengua y costumbres habría ido minando, poco a poco, los usos propios, y acercando paulatinamente a sus habitantes a los modos de vida romanos, que eran admirados por las elites indígenas y que contaban con numerosos entusiastas en todo el territorio peninsular. No obstante, la cultura celtibérica no se apagó totalmente y la arqueología se empeña en demostrarlo con evidencias materiales.

## DE LA REPÚBLICA AL IMPERIO



**T**ras las batallas de *Ilerda* (49 a.C.), en la *Citerior*, y de *Munda* (45 a.C.), en la *Ulterior*, los ejércitos de los hijos de Pompeyo fueron anulados por completo y la mayor parte de Hispania quedó pacificada. César era el nuevo hombre fuerte en Roma. Su violenta muerte en los idus de marzo del año 44 a.C. traería como consecuencia la llegada al poder de otro dirigente, el joven Octaviano, heredero de César que, poco a poco, se revelaría como una de las mentes más calculadoras y privilegiadas de todos los tiempos.

De nuevo le tocaría el turno a Hispania en la recomposición y ordenación de lo que ya se configuraba como un gran imperio. Entre los años 19 y 17 a.C., el prestigioso Octaviano, con su inseparable y fiel general Marco Agripa, culminaba las últimas campañas de conquista en el Norte de Hispania: las guerras cántabras y astures. Con ellas finalizaría un largo periodo de episodios bélicos y paces transitorias que habían ensangrentado la Península desde que los ejércitos romanos, a las órdenes de los hermanos Cneo y Publio Escipión, desembarcaran en Ampurias (218 a.C.) con el propósito de dar una lección a los cartagineses instalados en suelo hispano. Aquella presencia provisional se transformaría en algo más, y provocaría un sesgo sustancial en la Historia.



Augusto, escultura del Museo de Salónica

Octaviano, convertido en César Augusto, reordenó los territorios conquistados por Roma con una nueva política que iba a impulsar la transformación definitiva, entre otras, de una vieja ciudad en el corazón de la Celtiberia: Bílbilis. A partir del año 29 a.C., Hispania queda dividida en tres provincias, Bética, Tarraconense y Lusitania, con sus capitales respectivas: *Colonia Patricia Corduba* (Córdoba), *Colonia Victrix Triunfalis Tarraco* (Tarragona) y *Colonia Augusta Emerita* (Mérida). La subdivisión administrativa en conventos jurídicos subraya la ascensión de *Salduie*, una antigua población indígena, capital de los pacíficos sedetanos, que fue elevada al rango de *Colonia Caesaraugusta*. En torno a ella se ordenan diversas localidades entre las que destaca Bílbilis, encumbrada ahora a la categoría de *Mu-*

*nicipium Augusta Bilbilis*, seguramente para premiar antiguas fidelidades y por el hecho de ser ya una ciudad de derecho romano; contaba, además, con la presencia de colonos de procedencia itálica, como pregonan sus monedas con la inscripción *Bilbilis Italica*.

Este honor no es casual, como tampoco lo es el hecho de que la política de Augusto se fundamentase, precisamente, en apoyar el fenómeno urbano como elemento clave para transformar la sociedad provincial. En efecto, en aquel momento en que el ya Imperio poseía unas fronteras lo suficientemente alejadas y variadas como para ser controlado con eficacia por la simple presencia de contingentes armados, se evidenciaba la acuciante necesidad de buscar fórmulas imaginativas que facilitasen ese control militar y administrativo y —lo que era más importante— que integrasen aquellos territorios en la maquinaria productiva, imprescindible para el buen funcionamiento del nuevo sistema de gobierno.

La urbanización general y progresiva de las poblaciones hispanas, como sucedió en el resto de las provincias occidentales del Imperio Romano, va a ser el principal instrumento de aquella estrategia de cambio. Junto a la creación de nuevas ciudades —por lo general, colonias—, se impulsó la promoción de los núcleos indígenas más fieles y su conversión en ciudades modernas a través, entre otras cosas, de su reordenación jurídica, al otorgarles el estatuto

de municipios. A sus habitantes se les permitió tomar parte en una vida pública de rango inferior, el municipal, pero con posibilidades de ascender en su carrera política (*cur-sus honorum*) hasta alcanzar grados que les permitiesen acceder a un puesto en las capitales de convento jurídico o de provincia e, incluso, dar el salto a la soñada Roma.

Nace así una nueva categoría social, la de los provinciales, que, procedentes de las viejas familias indígenas y coloniales, se van a erigir en las nuevas elites de estos pequeños pero trascendentales centros urbanos, que intentan emular a las grandes ciudades en todo lo posible.

Bíbilis no pudo sustraerse a esa poderosa corriente transformadora; los honores municipales alcanzados con Augusto iban a suponer la culminación de una vieja aspiración de sus habitantes desde que la localidad pasó de simple núcleo indígena —primero sometido y, luego, amigo de los romanos— a recibir colonos que la convirtieron, en un principio, en *Bilbilis Italica*, ciudad de derecho latino con toda probabilidad, y, en época de Augusto, en *Municipium Augusta Bilbilis*, lo que ratificaba definitivamente el importante papel que le tocaría desempeñar en el futuro concierto regional.

Estas promociones de ciudades y ciudadanos ofrecían grandes ventajas tanto para el Estado romano como para los indígenas. Por un lado, la administración imperial debía dedicar menos recursos y esfuerzos a su control y vigilan-

cia, que de este modo podían ser destinados a zonas conflictivas o de frontera. Por otro, los dirigentes autóctonos obtenían la ciudadanía romana, lo que permitía su ascenso social y económico y los equiparaba a los mismos habitantes de la metrópoli. Con el paso del tiempo, el cada vez más amplio grupo de “los provinciales” fue consiguiendo mayores cotas de poder y relevancia política, económica y social en las grandes ciudades, incluida la capital imperial. Así, no resultó extraño que familias de hispanos se contasen entre las influyentes clientelas capitalinas y alcanzasen, incluso, la órbita del palacio imperial, cuando no el propio trono, como sucedería con Trajano y Adriano, nacidos en Hispania y que figuran entre los emperadores más sobresalientes de todos los tiempos.

En Bómbilis las cosas no fueron diferentes. Las familias acomodadas se encargaron de promocionar su ciudad, sin escatimar medios para crear un microcosmos a imagen y semejanza de Roma. Para ello, tomaron como modelo núcleos más próximos, en especial *Caesaraugusta* y *Tarraco*, sus “hermanas mayores” en Hispania. De ellas asimilarán conjuntos monumentales, rasgos de su urbanismo y la filosofía ciudadana. Serán el espejo en que se reflejen los “nuevos” bilbilitanos en su ascenso social y, muchas veces, la meta que alcanzar como puente para la lejana pero siempre admirada Roma. La presencia de ciudadanos originarios de pequeñas localidades en el gobierno municipal y luego en el provincial, o en cargos sacerdotales,

muestra con claridad el inteligente y hábil mecanismo con el que la política imperial facilitó el control de sus territorios a través de sus propios habitantes, convencidos de que integrarse en el sistema de vida y en la administración romanos era lo mejor que les podía ocurrir.

Bílbilis acometió con gran entusiasmo su incorporación a las corrientes del momento y se esforzó por ver plasmados sus sueños urbanísticos en su ancestral emplazamiento. Con ese fin, adaptó el Cerro de Bámbola, en el que se asienta como poderoso centinela vigilante del camino del Jalón, a las nuevas necesidades, las de una ciudad monumental pero también funcional, con sus infraestructuras y servicios, comunicaciones y equipamientos; pero, ante todo, con esa capacidad teatral que tenían muchos núcleos urbanos de la época para servir de eficaz escaparate de lo que pretendieron transmitir: seguridad, prestigio y belleza, es decir, romanidad.

La ciudad atravesó por una etapa dorada en tiempos de la dinastía Julio Claudia, sobre todo con el sucesor de Augusto, su hijo adoptivo Tiberio, en cuyo reinado se culminó buena parte de los proyectos iniciados en años anteriores. Bílbilis inauguró su foro, cosa que celebró con la erección de una placa marmórea donada por Emilio, hijo de Gayo, un ciudadano local acomodado, y con la colocación de algunas estatuas, entre las que destaca un retrato del mismo Tiberio. También en el teatro, en el

pequeño templete que lo coronaba (*sacellum*), se erigieron otras esculturas, una de las cuales representaría seguramente a la madre del emperador y esposa de Augusto, la influyente Livia.

La inestabilidad política que se vivió en tiempos de los últimos miembros de la dinastía Julio Claudia, que se cierra con Nerón en el año 68 de la era, afectó sin duda a la ciudad, que atravesó una momentánea crisis. En época flavia fue recuperando su ritmo económico y comercial, y debió de vivir periodos de auge con los emperadores antoninos, ya que se han documentado actuaciones importantes en el foro durante el mandato de Trajano; obras que, probablemente, contemplaría el propio Marcial.

Los siglos siguientes, del III en adelante, son más parcos a la hora de aportar información sobre la ciudad, y la arqueología encuentra dificultades para completar su reconstrucción. Parece como si tras el esplendor que presidió el siglo I de la era, Bilibilis hubiera perdido fuelle y su actividad se resintiera en todos los ámbitos. Se deja de importar vajillas caras o esculturas y pinturas de gran costo y belleza; se retoca lo existente, se repara lo necesario, se vive con los recursos disponibles y se inicia una austeridad forzada que queda patente en el urbanismo de la ciudad. No hay nuevas construcciones de importancia y ni tan siquiera parece que se mantenga adecuadamente lo ya erigido. Los conjuntos monumentales realizados en época

de Augusto y Tiberio dejan paso a obras anodinas que distan mucho de emular lo precedente. Sin embargo, BÍlbilis no está muerta; simplemente languidece, como tantos otros centros menores que se levantaron con un entusiasmo excesivo y un ferviente deseo de pretender parangonarse con las capitales provinciales o con la propia Roma. Nuevas conquistas y regiones con economías emergentes, en Asia y África sobre todo, serán ahora los polos de atracción para los grandes negocios que otrora se realizaban en Hispania, donde la crisis afectará más a los núcleos secundarios que a las grandes ciudades, imprescindibles para mantener viva la administración imperial.

## CRISIS Y DECADENCIA DEFINITIVAS



**D**urante la Antigüedad Tardía se produce un declive evidente que se cifrará no sólo en la ausencia de reformas e inversiones urbanas, sino también en la progresiva despoblación. Los habitantes de las ciudades pequeñas se marchan al campo, a las villas rurales, a veces más seguras, o a las grandes urbes. Bílbilis es uno de los centros que sufre este fenómeno, documentado por el abandono de monumentos y viviendas que, en ocasiones, ven tapiadas sus puertas para preservar en vano su contenido, a la espera de un posible retorno de sus propietarios, lo que rara vez se produjo.

La correspondencia entre Paulino de Nola y Ausonio, a finales del siglo IV, es bastante elocuente al respecto. En ella se menciona Bílbilis como lugar inhóspito y sumido en el abandono, en contraposición con *Caesaraugusta* o *Tarraco*, centros prósperos y bien protegidos.

La situación no volverá a normalizarse y Bílbilis seguirá perdiendo importancia; sus habitantes sobreviven, con dificultades, de lo que produce la tierra y ven palidecer su antes orgullosa ciudad. Las reparaciones ocasionales o el reaprovechamiento de monumentos, como el teatro y las termas, para usos distintos a aquéllos para los que habían sido concebidos son una evidencia más de la precariedad

del momento: las termas se ocupan como simples viviendas, igual que la parte alta del teatro. El mismo foro se verá afectado y se producen ocultaciones, luego saqueadas, bajo su pavimento. La «*altam Bilbilim equis et armis nobilem*» de Marcial era ya tan sólo una desvaída sombra de su glorioso pasado.

La transición a la época visigoda ha dejado pocos testimonios, pero se sabe que entre los siglos IV y VIII Bíbilis estuvo habitada por una escasa población que veía desmoronarse poco a poco su ciudad. Diversos materiales cerámicos o metálicos y alguna tumba hallada en las proximidades, con ajuares característicos, sirven para rellenar lo que hubiera sido un completo vacío. La población rural se mantuvo en fincas distribuidas por las fértiles vegas de los ríos Jalón, Jiloca, Ribota y Perejiles, de las que tampoco se conoce mucho todavía.

La llegada, en el año 714, de los musulmanes hasta esas tierras no causó sorpresa y mucho menos provocó resistencia; simplemente se producía un cambio de dueños, que quizá trajese nuevos tiempos de bonanza, a los que sería necesario adaptarse. Pero eso significaba, en la práctica, enterrar las cenizas de la antigua ciudad hispanorromana.

## LA VIDA COTIDIANA DE LOS BILBILITANOS



**B**ílbilis fue una activa e industriosa ciudad que, durante décadas, creció a buen ritmo. Se fabricaban productos artesanos, como tejidos y pieles, que se teñían o curtían y eran puestas a secar en la venteada cumbre de Bámbola, donde se han encontrado instalaciones del género. Se producía cerámica a imitación de la vajilla de lujo romana, tanto en la misma ciudad como en los cercanos talleres de Villarroya de la Sierra; se elaboraban placas de vidrio para ventanas detrás del foro, y se ha descubierto un taller de botones, agujas de coser, punzones y objetos domésticos en hueso. Además, se han de considerar las famosas ferrerías que citan las fuentes y el propio Marcial, producción tradicional de la Celtiberia junto a los paños y el ganado, en especial el equino. También se importaban lujosos productos para uso personal o el ornato de las viviendas y edificios públicos. Grupos de pintores ambulantes



*Lucerna con Victoria*



*Instalaciones artesanales en Bámbole*

decoraron las lujosas mansiones bilbilitanas, pasando luego a otras ciudades de la zona.

Para facilitar sus intercambios comerciales, la ciudad acuñó moneda propia desde época indígena, siempre en bronce, en tres periodos claramente diferenciados. En primer lugar, la moneda celtibérica, con la cabeza tradicional en el anverso y el lancero a caballo en el reverso, con leyenda en caracteres ibéricos. En segundo lugar, las series de *Bilbilis-Italica*, con una cabeza evolucionada y reverso de jinete, pero con la leyenda ya en caracteres latinos. Y, en tercer lugar, las piezas puestas en circulación a partir de Augusto, que se relacionan con su ascenso al rango municipal y que sirvieron como elemento propagandís-

tico de primer orden, así como para incentivar la economía local. Bílbilis, como otras ciudades hispanas, emitió moneda bajo Augusto, Tiberio y Calígula. En sus reversos aparece una corona cívica con los nombres de los duunviros monetales y el de la ciudad; o, en el caso del mismo Tiberio y su favorito Sejano, la mencíon *COS*.

Los bilbilitanos mimaban sus campos (eran apreciadas singularmente sus frutas y hortalizas, muy reputadas) y se dedicaban a la caza —se han hallado abundantes restos de jabalíes, corzos, gamos y ciervos—, cuyas piezas completaban una dieta alimenticia cárnica de animales domésticos de todo tipo. A su vez, practicaban la pesca en el Jalón y



*Moneda con la efigie de Augusto, acuñada en Bílbilis*

en el Ribota, con anzuelo y red, como testimonia el hallazgo de diversos instrumentos que también pudieron utilizarse para la captura de aves.

Sin duda, contaban con una clase social acomodada, una burguesía local que, con las riendas del poder y la política de la ciudad, se esforzaba por hacer progresar la cosa pública y, con ello, sus propios negocios; aspiraban a promocionarse, ellos o sus hijos, a quienes, con una buena educación, podrían enviar a *Caesaraugusta*, a la capital provincial, *Tarraco*, o a la misma Roma. Estos desplazamientos han dejado huella, ya que hay bilbilitanos que terminaron sus días fuera de las fronteras de Hispania, como refleja la epigrafía en el caso de un bilbilitano enterrado en *Burdigala* (Burdeos).

### **La religiosidad de los bilbilitanos**

La religiosidad de los bilbilitanos se pone de manifiesto por los elementos de culto oficial, retratos imperiales o menciones epigráficas aparecidos en el foro y el teatro, así como por una serie de objetos de ajuar o decorativos, entre ellos una pintura mural con una representación de Isis Fortuna, que ilustra ritos de cultos orientales introducidos en el Occidente romano a partir de Tiberio, y una estatuilla de Horus niño (Harpócrates), recuperada en una colección particular.

Los habitantes de Bilbilis, a juzgar por lo hallado, no difirieron en mucho del resto de los hispanorromanos. Sin embargo, sí se ha de considerar que junto a la religión oficial romana, con

su pléyade de divinidades, debieron de convivir elementos de la religiosidad de los celtíberos.

Así lo reflejan algunos restos encontrados, singularmente el enterramiento que se describe a continuación: en el relleno de una de las torres más altas de la muralla, mirando a poniente, se hallaron los esqueletos de dos individuos. Uno de ellos, situado en el centro de la edificación, había sido sepultado con especial cuidado. Apareció fuertemente replegado, lo que evidencia que quizá hubiera sufrido una exposición *post mortem* para ser descarnado por las aves de rapiña. Luego, antes de que perdiese su conexión anatómica, fue colocado en la forma en que se halló. Junto a él se descubrieron los huesos de dos córvidos, uno, en concreto, cercano a una de sus manos. El otro individuo, de buena talla, se encontró tendido boca abajo en un lateral. A su lado se localizaron los restos de una fuina o guardaña.

Ambos serían enterramientos rituales asociados a la construcción de la muralla. Aunque ésta fuera levantada ya en época romana, la ceremonia descrita evidencia la perduración de tradiciones de raíz céltica. Los córvidos, el rito de exposición, que relata Silio Itálico y aparece representado en la cerámica numantina, y otros detalles revelan la pervivencia de un pasado todavía no olvidado.

En el interior de la ciudad se halló, bajo el pavimento de una vivienda, una sepultura infantil también ligada a creencias prerromanas. Las cenizas del niño, junto con una fíbula de bronce, se dispusieron en una olla de cocina, sellada con media cantimplora de *terra sigillata*. En este caso se mantiene la costumbre indígena de conservar bajo la casa, al amparo de los familiares, el espíritu de aquel infante que no había podido madurar.

## CANTERA FÁCIL. BUSCAR BÍLBILIS EN CALATAYUD



**D**esde el mismo momento en que se funda Calatayud, a la que seguramente se trasladaría parte de la población residual bilbilitana, la suerte de BÍLBILIS está echada: se convertirá en fácil cantera a la que acudir para, de entre sus restos, obtener materiales con los que construir la nueva ciudad. Se desmontan casas y monumentos, se recupera todo lo aprovechable y se saquean indiscriminadamente sus edificios sin el menor respeto. El brillante conjunto del foro, lo mismo que el teatro, es despojado de sus ricos revestimientos marmóreos, que, en el mejor de los casos, serán trasladados al nuevo emplazamiento urbano, cuando no triturados para fabricar cal con la que edificar. La piedra, bien tan escaso en la zona, siempre pobre y de mala calidad, se reutilizará para evitar el trabajo de extraerla de canteras a veces lejanas, tallarla y transportarla; así, se perderán numerosas construcciones romanas. También se retirarán tejas y ladrillos, vigas de madera y cañizos, que irán recorriendo el camino sin retorno a la vecina ciudad, que pugna por crecer a expensas del cadáver de la antigua.

Esa rapiña continuará mientras BÍLBILIS tenga algo que ofrecer. Después de los musulmanes, continuarán los cris-

tianos, y tras los tiempos medievales el culto Renacimiento y aun la modernidad, hasta alcanzar fechas relativamente recientes; la construcción de la actual plaza de toros de Calatayud, inaugurada a finales del siglo XIX, todavía llegó a emplear para su estructura los últimos bloques aprovechables de piedra bilbilitana.

Palacios, iglesias, conventos, casas notables, todos se beneficiaron de las ruinas. Destacan algunos edificios particularmente “avaros” de buena piedra, como el construido por los jesuitas, hoy sede de la Universidad Nacional de Educación a Distancia, o el de los Maristas, e incluso el viejo Ayuntamiento, en la actualidad en fase de recuperación. Se diría que, como un Ave Fénix, la antigua Bílbilis vuelve a renacer de sus cenizas cada vez que se documentan sus sillares o materiales más pobres en el solar de su heredera, Calatayud, inmisericorde con su rico pasado.

## ESTUDIOSOS DE SU PASADO



**S**e puede afirmar sin riesgo de error que BÍLBILIS, tras su despoblación en los tiempos de la romanidad tardía, nunca fue totalmente olvidada. Era demasiado el peso histórico de la ciudad y muy patentes sus despojos arquitectónicos, en un emplazamiento rodeado de murallas, para que se pudiera producir tal contingencia. El mero hecho de su progresiva destrucción, fruto del abandono y la incuria, obró el milagro. BÍLBILIS permaneció en la memoria de las gentes y fue recogida en los testimonios de eruditos, historiadores, viajeros ilustres y de cuantos admiraron sus ruinas en busca de respuestas sobre el pasado, que se podía entrever en su monumentalidad. Pero el tiempo es inexorable y, poco a poco, la memoria fue flaqueando y las evidencias destruyéndose, hasta que la ciudad se convirtió en un mero recuerdo y en solar propicio para irreverentes recuperaciones de material de construcción.

Son muchos los nombres propios de quienes se interesaron alguna vez por sus restos, patria chica de ciudadanos ilustres en la Antigüedad. La historiografía referente a BÍLBILIS, relativamente copiosa, se inicia con la obra de Miguel Martínez del Villar *Tratado del Patronado, antigüedades y varones ilustres de la Ciudad y Comunidad de Calatayud y su Arcedianado*, editada en 1598 y reimpresa hace pocos

años, que reunió —de modo un tanto confuso— los datos de que disponía el autor sobre la historia bilbilitana. Su valor testimonial es importante, pero el real, puramente anecdótico. Al cosmógrafo portugués Juan Bautista Labaña, que visitó Bóbilis en febrero de 1611, se deben las primeras descripciones del teatro, que se encontraba parcialmente en pie y del que hizo un somero gráfico a mano alzada. Hacia 1650, el religioso Baltasar Gómez Cádiz escribió *Antigua y nueva Bóbilis cabeza de Celtiberia, principio de la primera Restauración en España*, manuscrito que se consideraba perdido pero que ha sido localizado en el archivo catedralicio de Palencia. Dicho texto recoge abundantes datos, entre ellos algunos epigráficos, sobre Bóbilis, así como diversas inscripciones dudosas cuando no directamente apócrifas. Mayor entidad tiene la obra de Juan Miguel Pérez de Nueros, de principios del siglo XVIII, *Historia, antigüedad y grandeza de la muy noble augusta ciudad de Bóbilis en lo antiguo, y en lo moderno la fiel y leal ciudad de Calatayud*, que se conserva en la Biblioteca Nacional de Madrid y que ha sido repetidamente utilizada por los autores posteriores, incluidos los más serios investigadores de las antigüedades bilbilitanas.

Otros escritos en los que se recogen datos sobre Bóbilis son los de Jerónimo Escuela (1661), M. Monterde (en manuscrito inédito, hacia 1750), el padre Traggia (1792) y Juan Antonio Ceán Bermúdez (1832). Mención especial merece la obra de dos autores locales, Mariano Cos y Feli-

pe de Eyaralar, *Glorias de Calatayud y su antiguo partido*, editada en 1845 y en facsímil recientemente. En la parte escrita por Eyaralar, la de mejor calidad, se hacen prolijas descripciones de los restos entonces visibles, que, a juzgar por lo expuesto, ya eran escasos. No obstante, recoge y comenta datos anteriores y ubica algunas de las construcciones principales sin llegar a identificarlas, incurriendo en errores de bulto.

Emilio Hübner, el gran epigrafista alemán, publicó en 1869 el segundo volumen del *Corpus Inscriptionum Latinarum* (CIL), en el que aparecen las inscripciones bilbilitanas, en un estudio serio y concienzudo. Poco más tarde, en 1876, le tocará el turno a las monedas acuñadas en la ciudad, que serán objeto de atención en el libro de Antonio Delgado *Medallas autónomas de España*.

Entre 1880 y 1882 verá la luz la obra más importante publicada sobre Calatayud hasta entonces, debida a la pluma del bilbilitano Vicente de La Fuente: *Historia de la siempre augusta y fidelísima ciudad de Calatayud*, en la que presenta de manera condensada todas las noticias anteriores, a la vez que incluye materiales inéditos. Su interés es alto, si bien fracasa en su intento de realizar una reconstrucción histórica, sobre todo en lo que se refiere al momento de la desaparición de Bílbilis como ciudad. Sus descripciones de lugares y restos proceden con claridad de Nueros, Labaña y Eyaralar.

Durante las primeras décadas del siglo XX continuaron las referencias a la vieja urbe, con la novedad de que se llevaron a cabo dos campañas arqueológicas y algunas búsquedas poco organizadas. Las primeras excavaciones fueron dirigidas por Narciso Sentenach y Cabañas, por cuenta de la Junta Superior de Excavaciones y Antigüedades de Madrid, en el año 1917. Afectaron a la zona central del foro, al templo principal y al teatro, y en ellas se recogieron algunos vestigios materiales que fueron a parar al Museo Arqueológico Nacional, en Madrid. No se incluyeron planos de referencia en la escueta memoria de excavación (1918), que se limitó a la redacción de unas interesantes aunque muy breves descripciones: se ubicó el templo, pero sin indicar ni su tipología ni su orden, y se confirmó la existencia de una plaza y de unas escalinatas de acceso al mismo, incorrectamente interpretadas. Del teatro tan sólo se señaló su existencia, ya que la restringida intervención no permitió profundizar en su estudio. Estos trabajos fueron duramente criticados por autores posteriores, no sin fundamento.

La segunda campaña arqueológica en el solar bilbilitano (1933-34) estuvo bajo la dirección del arqueólogo alemán Adolf Schulten, a quien acompañó su amigo el general Lammerer. En esta ocasión se trazaron algunos planos que no se han conservado, se realizaron descripciones e interpretaciones bastante ligeras y se recuperaron diversos materiales. En 1934 Schulten publicó un pequeño opúscu-

lo, *Bilbilis, la patria de Marcial*, en el que resumía los datos recogidos y sus experiencias. No aportó muchas novedades, pero describió con cierto detalle el paraje, que le había impresionado, así como el carácter de los habitantes de Huérmeda.

Los bilbilitanos José María López Landa y Mariano Rubio Vergara, junto con el médico zaragozano José Galiay Sarañana, se ocuparon de Bilbilis en sus escritos, tras haber realizado observaciones directas sobre el terreno en los años cuarenta y cincuenta. Lo mismo hizo Miguel Dolç en su tesis *Hispania y Marcial* y en su extenso artículo *Semblanza arqueológica de Bilbilis*, editados en 1953 y 1954, respectivamente. Quedó, sin embargo, inédito *Étude sur la cité romaine de Bilbilis* (1948), escrito en Francia por Henriette Doisy, cuya ascendencia bilbilitana la había conectado con estos pagos.

A partir de 1965 las investigaciones, excavación y buena parte de la bibliografía se deben a Manuel Martín-Bueno y sus discípulos. El yacimiento ha experimentado desde entonces un renacimiento singular, al ser frecuentemente mencionado en la bibliografía internacional y recibir la atención de numerosos eruditos.

## EL REENCUENTRO CON BÍLBILIS



**L**a olvidada ciudad de BÍlbilis salió definitivamente de su letargo en el año 1971, cuando, tras varios años de prospecciones y trabajos previos, se iniciaron periódicas campañas de excavación, que todavía se mantienen de forma continuada. Por fin se acometía de manera sistemática una actuación decidida, encaminada a extraer del lugar los datos suficientes para escribir su historia y los materiales necesarios para hacerse una idea adecuada de la cultura material y el nivel de vida de los antiguos bilbilitanos.

El camino recorrido ha sido largo y han menudeado las dificultades y los momentos de desánimo. BÍlbilis ha sido considerado uno de los yacimientos más importantes de Aragón, lo que sin duda es cierto, pero ese reconocimiento no siempre ha ido acompañado de los imprescindibles apoyos por parte de las administraciones que tenían la obligación de atender sus necesidades. Paradójicamente, es uno de los enclaves arqueológicos que cuenta en España con una bibliografía más dilatada y una atención científica que no se corresponde en absoluto con los medios aportados para tales fines.

Tras los años iniciales, en la década de 1970, en que las excavaciones trataron de resolver los problemas lógicos de

estratigrafías, dataciones y secuencias, así como de evaluar las posibilidades, se pasó a una actuación en extensión en los tres conjuntos monumentales principales: el foro, las termas y el teatro. Tan sólo los dos primeros se excavaron casi en su totalidad, mientras que el teatro, dada la gran superficie que ocupa, se estudió, en inicio, parcialmente. A comienzos de la década de 1990, se produjo un inexplicable paréntesis de ocho años en el que las tareas arqueológicas quedaron interrumpidas por falta de asignación en las partidas presupuestarias. Ello provocó un rápido deterioro y la pérdida de parte de las estructuras recuperadas, a la par que se degradaba a pasos agigantados el lugar. Fueron años de indecisiones y de carencia de una adecuada política patrimonial, aspecto casi endémico en la Comunidad aragonesa, que, junto a escasos momentos de luz, ha tenido muchos más de sombras.

Finalmente, en 1997 la corporación municipal de Calatayud asumió su responsabilidad sobre este patrimonio, que por primera vez era contemplado en su verdadera magnitud, y promovió su recuperación con un plan plurianual. Esta actitud y el concierto de varias instituciones están empezando a dar resultados sorprendentes y se vislumbra un horizonte esperanzador.

Han tenido que pasar casi dos mil años desde el nacimiento de Marco Valerio Marcial para que su ciudad natal pueda empezar a sentirse verdaderamente protegida.

El reencuentro con la antigua ciudad ha permitido apreciar, ya con una perspectiva casi histórica, lo que el lugar ha dado a la arqueología española y al conocimiento del mundo romano en general.

Bílbilis es ya un clásico dentro de los estudios centrados en Hispania y en el Occidente romano. Además de contar, como ya se ha dicho, con una nutridísima bibliografía, ha sido punto de partida para numerosos trabajos monográficos de todo tipo, desde artículos a tesis de licenciatura y de doctorado, tanto de alumnos españoles, prioritariamente de la Universidad de Zaragoza, como extranjeros de las más diversas procedencias.

En este sentido, se puede afirmar que se trata de un yacimiento con vocación de universalidad. Bílbilis, por otra parte, no ha defraudado a quienes la han tomado como objeto de estudio y ha sorprendido siempre por la riqueza de sus restos y por sus aportaciones culturales. Su urbanismo fue un fiel reflejo de los modelos canónicos más rigurosos del Alto Imperio. Además, el hecho de ser una ciudad de tamaño medio la ha convertido en un yacimiento “abarcable” para el análisis, dentro de unas lógicas dificultades.

## Bilbilitanos con nombre propio

La epigrafía hallada en Bilibilis, al igual que en el resto de las ciudades del entorno, incluida la misma *Caesaraugusta*, es escasa, pues la reutilización del material pétreo ha sido inmisericorde con estos ricos documentos. No obstante, se conocen algunos nombres recuperados en inscripciones en piedra y en grafitos sobre vasijas, elementos arquitectónicos, fichas e incluso en las mismas paredes de los edificios. Sin duda, hay que iniciar el corto elenco por la figura omnipresente de su ciudadano de honor, Marco Valerio Marcial, que, nacido en la ciudad del Jalón, probó fortuna en Roma hasta alcanzar cierto renombre y regresar a Bilibilis en el ocaso de su vida, cuando la situación política en la capital era peligrosa para él.



Lápida de Cornelio Filomuso

Entre los *nomina* documentados porque aparecen en inscripciones varias destacan, entre otros, el de Emilio (que fue el donante de la inscripción de Tiberio hallada en el foro); Gayo Asinio, Lucio Atilio, Lucio Cornelio Filomuso, natural de *Aquensis* (Alhama de Aragón), liberto de Samio; Lucio Mandio Letondo y Acuto, que era un funcionario de la ceca monetar.

Junto a ellos, figuran bilbilitanos anónimos que han aparecido en enterramientos preparados o de fortuna, como es el caso de un niño de corta edad cuyos restos fueron depositados en el interior de una vivienda junto al ninfeo (fuente monumental).

También se cuentan entre éstos dos adultos hallados en un enterramiento asociado a la construcción de la muralla; diversos individuos de la Edad Media aparecidos en una necrópolis de lajas de este periodo localizada en la zona de los pórticos meridionales del foro, que se utilizó tras el abandono de la ciudad romana; e incluso un desgraciado, presumiblemente de época tardía o medieval, al que se le desplomó una casa cuando intentaba recuperar material de derribo de la misma.



*Enterramiento de fortuna*

## CÓMO ERA LA CIUDAD



**P**ara entender Bílbilis, es imprescindible acercarse a aquellos desolados pero maravillosos parajes y ensimismarse en su contemplación. No es lugar al que se pueda extraer sustancia en una rápida visita, sino que conviene aproximarse con calma y reposo, dar tiempo a que el paisaje penetre, a recibir el aire fresco del invierno o ese calor abrasador que aplasta en verano, para percibir con todos los matices posibles el sonido de la historia en los oídos. Hay que dejar que el cuerpo y el espíritu se despeguen un poco del corsé de ciudadanos a caballo entre dos milenios e intentar acercarse al pasado; sólo así puede llegar a ser comprendido.

En primer lugar, impresiona el enclave en el que se asientan sus magníficas ruinas. Y esto sucede porque Bílbilis era, ante todo, un núcleo que debía controlar unos caminos; se erigía en una situación estratégica que había hecho de sus habitantes unos privilegiados, capaces de comunicarse con los lugares más variados y lejanos a través de las rutas que dominaban a su paso por la ciudad. Tal era el valle del río Jalón, bien hasta su confluencia con el Ebro por Alagón, aguas abajo de Bílbilis, o bien aguas arriba, por donde se podía penetrar cómodamente en la meseta castellana; todo ello siguiendo, en época romana,

la vía 34 del *Itinerario de Antonino*, una de las principales arterias de Hispania, que se superponía a los viejos trazados indígenas.

Pero no era ésta la única ruta que controlaba; también lo era la que corría transversal por el río Jiloca, comunicando el valle del Jalón con la costa levantina. Asimismo, era el punto de partida, a través del río Ribota — hoy de escasa importancia, pero capaz entonces de marcar trazados via- rios—, del camino que conducía directamente

al corazón de la Celtiberia, a las posesiones de los arevacos y a su capital, Numancia, en tierras sorianas. Finalmente, un itinerario de menor fuste (también a través de un río secundario tributario del Jalón, el Perejiles), llevaba desde Bómbilis hacia las tierras de los belos y continuaba, remon- tando las montañas, hasta alcanzar lo que hoy es el Campo



*Terraza oriental del foro, basamentos*

de Cariñena y, con ello, la ribera del río Huerva, que conducía a *Caesaraugusta*.

La ciudad de Bilibis está emplazada en un lugar singular, sobre un peñón de 711 m de altura que domina una gran extensión de terreno, y se encuentra rodeada por dos ríos, el Jalón y el Ribota, que confluyen a sus pies por su lado Norte. Parece como si la naturaleza se hubiera aliado



*Reconstrucción ideal de Bilibis*



*Cisterna*

con sus habitantes para darles amparo, como si las divinidades tutelares de ríos y montes se hubieran concitado allí para favorecerla con una protección especial.

Desde lejos tenía un aspecto impresionante y, a la vez, pintoresco, encaramada en la ladera de Bámbola y con sus tres cumbres: la propia Bámbola, San Paterno (nombre dado en recuerdo de dicho obispo bilbilitano), con una ermita acondicionada en una sólida cisterna romana, y Santa Bárbara, denominación asociada a otra ermita existente en los pórticos subterráneos de la fachada del foro hasta comienzos del siglo XX. Pero ese pintoresquismo de las casas encaramadas en la montaña debió de ser superado, sin duda, por la admiración que despertaría el carácter monumental de la ciudad, pues estaba diseñada para ello, al menos desde que Augusto decidiera promocionar los núcleos hispanos, Bílbilis entre ellos.

## TOPOGRAFÍA Y URBANISMO



La descripción anterior ya marca la pauta de lo que fue la topografía bilbilitana, pero conviene insistir en ello. Bílbilis es fruto de su topografía y sin ella no se comprendería bien la función y existencia de la propia urbe. La primera pregunta que uno puede hacerse es justamente qué hace una ciudad romana encaramada en un emplazamiento tan irregular e impropio para planificar un urbanismo tan racional como el romano. La respuesta es bien simple. En primer lugar, no es la única ciudad del mundo clásico en una ubicación semejante, ya que hay otros casos no sólo en Hispania, sino también en Italia y en otras zonas del Imperio. En segundo lugar, se debe recordar que la tecnología alcanzada en aquella época en materia de construcción permitía afrontar obras en sitios plagados de obstáculos naturales, como éste. Los ingenieros y arquitectos romanos eran muy capaces de superar esas dificultades y aún mayores. Eran obras complicadas y costosas pero a esos problemas se anteponían la idoneidad estratégica y la continuidad de habitación sobre el terreno elegido.

Bílbilis no era una ciudad surgida *ex nihilo* (de la nada), sino la continuadora de un asentamiento indígena cuyo eventual traslado no hubiera sido causa de grave trastorno.

Pero estamos hablando de la *Bilbilis Italica*, habitada ya por colonos llegados en el siglo I a.C., que la habían adecuado a sus necesidades. Cuando, por designio de Augusto, se convierte en *Municipium Civium Romanorum* lo hace, seguramente, como pago a los servicios prestados a la causa romana y por la necesidad de contar en aquel enclave, fundamental para el control de los caminos ya mencionados, con una ciudad fiel y de cierta categoría. Bilibilis es promocionada desde un estatus anterior preexistente, lo que indica una continuidad tanto en la composición de sus habitantes como en su emplazamiento.

Este aspecto ha sido discutido por algunos autores, que opinan que la Bilibilis indígena e *Italica* debió de estar situada en Valdeherrera, en la entrada del valle del Jiloca, cerca de Calatayud; pero no se tenían suficientemente en cuenta todos los argumentos expuestos, confirmados durante las excavaciones con la aparición de niveles de habitación de época republicana bajo las viviendas augústeas y la estructura del teatro, construido en fechas similares. La presencia de la misma ciudad en un lugar ciertamente incómodo para la vida, si se prescinde de razones estratégicas y políticas, viene a reafirmar la necesidad de aceptar esa continuidad de habitación. La aparición de abundantes monedas acuñadas en la Bilibilis indígena en otros lugares dependientes de ella no es argumento suficiente para dudar de lo que es evidente, desde el punto de vista tanto arqueológico como histórico.

Bílbilis sufre una gran transformación urbana precisamente en el momento en que alcanza su rango municipal, lo que es lógico, ya que asume nuevas funciones y responsabilidades sobre una amplia comarca. De ella dependerán otros centros menores y las tareas de vigilancia y control sobre los caminos citados. La ciudad se convierte, así, en una pieza importante en el engranaje romano de administración del territorio provincial. Su urbanismo, por lo tanto, irá en consonancia.

La remodelación augústea, realizada con rapidez y eficacia, fue fruto de un gran esfuerzo económico y humano. Se desconoce el papel que la administración imperial desempeñó en esa metamorfosis que, en gran medida, debió de recaer sobre la propia ciudad.

En ese momento se trazó el recinto amurallado (cuya construcción seguramente se inició antes, con menos ambiciones) para poder albergar gentes y propiedades, sobre todo ganados, y para reordenar y sistematizar unas defensas que, en buena lógica, ya tendrían poco que defender, puesto que regía la *pax romana*. Sin embargo, una muralla es algo más que un elemento defensivo: marca, limita, controla, regula y prestigia. Un recinto amurallado de la extensión del bilbilitano muestra con claridad la relevancia y la capacidad económica de sus habitantes. No es cosa fácil ni barata erigir defensas para un perímetro de varios kilómetros que debía encerrar unas treinta hectáreas de terreno.

Las murallas de Bílbilis tienen un trazado irregular, adaptado a los cánones clásicos en vigor desde los tiempos helenísticos. Sus lienzos lineales, con ángulos diseñados para favorecer el control del perímetro, sirven para proteger y vigilar, pero también para proclamar el prestigio de quienes habitaban tras ellas.

Siguen una línea quebrada que se ajusta a las anfractuosidades del terreno, aprovechando lo mejor de éste; los lienzos est n salpicados de torres cuadrangulares, a distancias que responden a las necesidades tanto defensivas o visuales como constructivas. Se complementan con muros de refuerzo, puertas y poternas, cisternas de agua para una eventual guarnición en caso de necesidad, etc.; algunos puntos aparecen, además, especialmente reforzados, como la cumbre de Bámbola o el espolón de San Paterno.



*Muralla norte de la ciudad*

La técnica de construcción y el material utilizado muestran nuevamente el sentido práctico de sus pobladores y lo avanzado de la tecnología romana. La piedra local es de extrema dureza y se obtiene de la zona o de sus proximidades más inmediatas; simplemente se desbasta de una forma somera para ser instalada sin necesidad de argamasa alguna, en seco. Posee una alta resistencia a la erosión que provoca el paso del tiempo y por los fenómenos meteorológicos, pero es muy difícil de extraer y su talla en bloques regulares se convierte en una tarea casi imposible. No obstante, por su dureza y lo anguloso de su fractura, tiene una colocación en obra muy buena. Su asiento es excelente y tan sólo necesita una adaptación en sus formas irregulares para completar su encaje mediante simples ripios, dando como resultado construcciones de una solidez extraordinaria y una apariencia de robustez que no se queda en simple apariencia, sino que es verdaderamente eficaz.

La piedra de las murallas, de color oscuro, procede de canteras situadas en los propios montes sobre los que se había emplazado la ciudad. El Cerro de Bámbola supuso un inagotable filón, en especial su parte más alta, fuera ya de la zona habitada, que abasteció de material para el recinto amurallado y el resto de las edificaciones.

Hoy día todavía se aprecian con claridad los frentes irregulares de cantera, lógicos en una roca de ese género, así como las huellas de las cuñas y de los instrumentos de cor-

te y percusión. Y, de vez en cuando, también salen a la luz algunos de los útiles empleados en esos duros trabajos. Los bloques usados en los muros exteriores de cierre, así como en los interiores de compartimentación en terrazas de la ciudad, disminuyen en tamaño conforme uno se aleja del lugar de extracción, para facilitar su transporte. Así, se observan cerca de las canteras de Bámbola piezas de hasta tres metros de longitud por un metro de altura y todavía mayores en anchura, colocadas en la base de algunos muros. Esto impulsa a reflexionar sobre la dificultad de las operaciones y sobre la elevada capacidad técnica de los desconocidos constructores bilbilitanos.

Pero Bílílis no sólo utilizó materiales procedentes de su propio recinto. En sus inmediaciones se localizaron puntos en donde conseguir piedra de mayor calidad, para edificios destacados o para elementos particulares de los mismos. Esas zonas proporcionaban bloques que podían ser adecuadamente tallados en formas regulares o que poseían colores menos oscuros, más agradables a la vista que los severos de la muralla. Una ciudad destinada a ser contemplada desde la lejanía no podía concebirse sin la ayuda de materiales de construcción luminosos o, al menos, claros. El área de extracción de piedra más próxima documentada se encuentra en la Plana de Anchís, enfrente mismo de la ciudad, en la margen derecha del Jalón. Allí, en el transcurso de las obras efectuadas para el paso del AVE, quedaron al descubierto unos pequeños y antiguos frentes de cantera

para calizas de mediana calidad. Las dimensiones de los bloques *in situ*, así como las huellas de herramientas, permiten atribuirlos sin dificultad a época romana; su destino lógico sería la vecina Bīlbilis.

Es más complejo localizar el lugar de procedencia de los innumerables bloques de yesos alabastrinos utilizados: tal vez el valle del Jiloca, la zona de Mara o las mismas inmediaciones de Calatayud, pues es piedra que abunda en las proximidades. Se trata de yesos de dudosa resistencia y gran fragilidad frente a las inclemencias atmosféricas. A falta de mejores materiales, sirvieron para dar forma a distintos elementos arquitectónicos tales como columnas, pilastras, sillares portantes, cornisas, ángulos de paramentos, escaleras, etc.; para capiteles, basas y columnas de algunos edificios singulares (los templos y el teatro, además del foro), se alternaron con calizas traídas de la comarca o de lugares más lejanos.

Sólo en los revestimientos y en elementos de especial importancia (inscripciones epigráficas o esculturas), los bilbilitanos no repararon en gastos e importaron todo lo necesario, siempre que pudiera ser sufragado por sus espléndidos bolsillos. Junto a leyendas epigráficas realizadas en la dura y negra piedra de Calatorao, conviven inscripciones en calizas y en mármoles que, para textos referidos al emperador, llegaban de Luni (Carrara, en Italia). Asimismo, se combinaron mármoles de colores para obte-

ner espectaculares efectos cromáticos en los conjuntos monumentales y en viviendas privadas, y ricas piedras en el plaqueado de los edificios más relevantes. En el foro y el teatro se distribuyen cornisas y molduras de mármol blanco, de Luni o de Grecia, y piezas de colores de procedencia africana, griega o anatolia; un amplio repertorio que podía hallarse en los mejores almacenes de distribución de la misma Roma. BÍbilis buscaba con ello estar a la moda y, a la vez, ponía de manifiesto la capacidad adquisitiva de la ciudad y de sus habitantes.

Los estudios realizados sobre los mármoles bilbilitanos por Miguel Cisneros proporcionan preciosas informaciones al respecto. En la ciudad los hay de origen hispano pese a que, según Plinio, éstos eran de inferior calidad que los griegos, anatólios o itálicos. El progreso de las investigaciones permite hoy identificar con seguridad numerosas canteras peninsulares (Macael, Estremoz, Medol, Pirineos en St. Beat, etc.), cuya producción se destinaba a importantes ciudades: *Tarraco*, *Emerita Augusta*, *Corduba* o *Malaca*.

En BÍbilis se utilizaron, según datos de Cisneros y Martín-Bueno, *marmora Numidicum*, *Luculleum*, *Lunense*, *Chium*, *Scyrium*, *Proconesium*, *Carystium* y otros en menor cantidad, como *Thessalicum*, *Taenarium*, brecha de Aleppo, etc., junto a piedras locales como las aludidas: caliza negra de Calatorao, caliza de Anchís o yesos alabastros y pizarras extraídas en la zona. Las procedencias afri-

cana, griega, anatolia o itálica, con las diversas variedades del *marmor lunense*, son un claro exponente de la activa economía bilbilitana en sus momentos de mayor brillo, en el siglo I d.C.

Las relaciones comerciales que evidencian las importaciones de mármoles de muy lejanas procedencias, aunque algunos de ellos pasaran antes por los mayoristas de Italia, sirven para configurar la imagen de una ciudad provincial pero de gusto, capaz de permitirse los lujos que representaban las compras cuantiosas de estas ricas piedras. Por otra parte, su utilización en algunos monumentos concretos confirma el influjo que los grandes conjuntos imperiales de la época ejercían sobre los centros menores, que en todo procuraban imitar a la metrópoli. El empleo de las mismas rocas en el *Forum Augusti* de Roma y en el de Bilibilis es más que una afortunada coincidencia.

El trazado de las calles y de los distintos ámbitos urbanos bilbilitanos estaba condicionado por la topografía del terreno y por la distribución de los espacios públicos y privados. La parte central de la ciudad, reservada al conjunto monumental más destacado, articulaba el resto. Allí se unían las dos vías principales, que partían de las dos puertas carreteras y para peatones abiertas en sus murallas; una en la parte baja de la ciudad, junto a la vega del río Jalón, flanqueada seguramente por sendas torres; la otra, tras remontar mediante curvas y pendientes desde el río, alcan-

zaba la puerta próxima al teatro, también flanqueada por torres, con lo que facilitaba la llegada a los espectáculos de los vecinos de localidades próximas y de los habitantes de las villas que rodeaban la ciudad.

En el interior, las calles respondían a un plan regulador y en la compleja distribución en terrazas todavía pueden apreciarse aquéllas que servían para acomodar viviendas y las que constituían meras vías de tránsito. La comunicación entre terrazas se realizaba a través de suaves rampas, útiles para la circulación de personas y vehículos. Éstas, trazadas de acuerdo con la disposición natural del terreno, contarían con un gran número de viandantes. Su cruce con calles perpendiculares daba lugar a las manzanas de viviendas (*insulae*) permitiendo, al mismo tiempo, aislarlas y comunicar vías paralelas generalmente situadas a diferente cota. Las calles que salvaban grandes desniveles serían utilizadas preferentemente por peatones, a quienes se facilitaba el paso por medio de escaleras situadas a ambos lados de las mismas, según se ha documentado en el barrio de las termas.

La anchura de las calles variaba según su importancia, pero en casi todos los casos permitía el cruce de vehículos en direcciones opuestas. Algunas estaban pavimentadas con losas de piedra irregulares; las escalinatas, revestidas con bloques de yeso alabastrino fácilmente tallable, presentan un gran desgaste de uso. Otras vías tienen la



*Trabajos en la base del foro*

para acceder a los campos de cultivo de aquella zona, que quedaban algo alejados. Parece que la ciudad, encarada al sol de mañana, desdeñaba la orientación al Norte, mucho más fría y expuesta a los vientos, que en esta zona de la Cordillera Ibérica, la *Idubeda*, suelen ser fuertes.

roca firme por solera y las más sencillas son de tierra apisonada a la que se añade piedra machacada, igualmente resistentes. Se han descubierto piedras pasaderas en algunas calles, para comodidad de los transeúntes más que para evitar problemas por las lluvias, que debían de evacuarse con gran facilidad dadas las acusadas pendientes.

El recinto poseía puertas para peatones en la muralla; al menos se conoce una en la parte alta. Seguramente era utilizada para el paso de ganado, vigilancia, recogida de leña y, en menor grado,

# UN SISTEMA DE CONSTRUCCIÓN INTELIGENTE



**L**as campañas de excavación han permitido perfilar con seguridad algunos aspectos poco conocidos anteriormente acerca de los procedimientos que usaron los bilbilitanos para erigir sus imponentes edificaciones.

La tónica general en un lugar caracterizado por una complicada topografía es la construcción en terrazas. El sistema alcanzó carta de naturaleza en las ciudades griegas y helenísticas con la implantación de la ordenación ortogonal (en cuadrícula), génesis del urbanismo moderno. La terraza es un elemento consustancial al desarrollo de ciertas ciudades, ya que permite sacar partido a espacios que de otra forma no sólo quedarían desaprovechados, sino que serían causa de riesgo para las edificaciones instaladas. El mundo romano republicano, para no profundizar más atrás, ya presenta numerosos casos en los que la construcción en terrazas resuelve problemas similares, a la par que facilita una escenografía muy teatral. En ellos, el terreno, lejos de ser una dificultad, se alía con los constructores para resaltar la calidad y la belleza de la arquitectura.

En algunas ciudades la utilización de terrazas es imprescindible para disponer de una superficie lo suficientemente extensa, en unos planos determinados, como para albergar

los conjuntos monumentales que se diseñan. *Tarraco* es otro claro ejemplo de esta situación, que se repite en varios lugares de Hispania. En Bílbilis no hubiera sido posible disponer de la amplitud necesaria para el conjunto del foro y templo, así como para el teatro o las termas, si no se hubiera realizado una costosa adaptación del terreno. De todas formas, en Bílbilis el alcance es mayor ya que toda la ciudad se organiza a partir de un sistema aterrazado que permite aprovechar el espacio de forma adecuada, implantar una ordenación reticular y, al mismo tiempo, organizar los canales de abastecimiento de agua potable y de evacuación de aguas residuales.

Para la habilitación de las terrazas se optó por un modelo mixto de excavación y rellenos mediante muros de contención. Las intervenciones efectuadas procuraron economizar esfuerzos. Los muros, perfectamente trabados, se levantan con piedra del lugar colocada en seco, ajustada con ripios. Ello da una apariencia de aparejo pseudopolygonal, de singular belleza y, sobre todo, de gran efectividad y resistencia mecánica a las presiones de los rellenos y de las fuerzas que ejercen los edificios erigidos sobre ellas, a veces de notable altura.

En la construcción de viviendas se usaba un procedimiento que permitía ahorrar trabajo y material, a la vez que eliminaba los áridos sobrantes. Se trazaba sobre el terreno el plano del edificio y, a continuación, se realizaba

la excavación de la planta baja. Cuando afloraba la roca, se perforaba. Se conseguía así una cimentación sólida, e incluso parte del espacio se podía habilitar para disponer habitaciones; además, servía como muro una porción de roca original. La piedra extraída se usaba para subir las paredes exteriores hasta una altura que variaba en función de las dimensiones totales de la construcción: en algunos casos, solamente una banqueta de fundación y algo del alzado y, en otros, hasta el límite de la primera planta. Seguidamente, se continuaban los muros con adobe crudo, las más de las veces, con tapial. El adobe se obtenía de las capas superficiales del terreno, mezclado con arcillas y materia vegetal para darle consistencia.

Para el solado de habitaciones y pavimentos se utilizaba un picado fino de la piedra resultante de la extracción o de las tallas de preparación de los muros, convenientemente machacada, que se homogeneizaba con morteros blancos o coloreados e, incluso, con pavimentos de *opus signinum* (de polvo de ladrillo o teja, con sencillos dibujos hechos con pequeñas piedras), a los que se añadían fragmentos de cerámica, beneficiosa por sus propiedades hidrófugas. Los suelos más pobres se realizaban con una mezcla de tierra con cal; y, debidamente apisonados, resultaban muy duros y limpios.

# ZONAS PÚBLICAS: FORO, TEMPLOS, TEATRO Y TERMAS

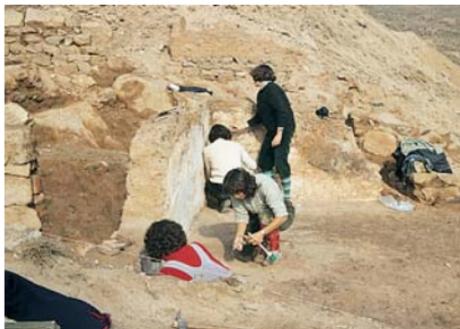


## EL FORO

**E**l diseño urbano de Bílbilis previó la distribución de espacios para albergar los distintos conjuntos monumentales o públicos. Los que aquí se van a tratar son los más relevantes por su uso o por la cantidad de ciudadanos que podían acoger.

El espacio ciudadano por excelencia en toda población romana es el foro. El de Bílbilis se hallaba en la zona central de la ciudad: ocupaba la parte superior del montículo de Santa Bárbara, situado entre las dos cumbres principales (Bámbola y San Paterno). De unos 600 m de altura, queda al abrigo de las cumbres mayores, que tienen 711 y 701 m, respectivamente. Este sector era el más apto para el uso que se pretendía, pero fueron precisas unas costosas obras de infraestructura previas para tan ambicioso proyecto. Además, estaba ocupado por construcciones preexistentes, de la Bílbilis preaugústea, que se han podido documentar en la parte sudeste, al haber quedado embebidas en los cajones de cimentación sobre los que se erigieron terrazas de soporte para pórticos. Las viviendas allí halladas, con muros de piedra y adobe revestidos de estucos pintados en

colores planos, con predominio del rojo, poseían pavimentos de morteros lisos y suelos de tierra y cal apisonada. Los materiales resultantes de su abandono y destrucción a causa de su expropiación forzosa se fecharon hacia mediados del siglo I a.C. Estas edificaciones fueron demolidas parcialmente y sus restos quedaron bajo la cimentación de los criptopórticos laterales del foro.



*Casas protoaugusteas bajo el foro*

El foro se articula en torno a dos espacios bien delimitados, uno de ellos reservado al templo, que se erigió en la parte más alta, dominando el conjunto, y otro destinado a una gran plaza a sus pies, rodeada de pórticos y construcciones públicas. Para conseguir la superficie necesaria, se realizó un laborioso trazado regulador de cimientos y asientos de muros y apoyos; y para obtener la plaza, que debía medir unos 50 m de longitud, se eliminó parte de la cima de la elevación sobre la que se asentaba, dejando, hacia el Sur, una pared tallada en la roca que servía de fondo a este espacio y marcaba el límite con el frente del templo. La piedra extraída se utilizó como material de relleno para nivelar el resto de la extensión de la plaza, que quedaba marcada por retalles en la roca, en el frente y en los

laterales. Sobre estos últimos se asentaban muros de contención, reforzados regularmente por bloques de yeso alabastrino que daban una apariencia de aparejo regular y marcaban el ritmo de los apoyos, que luego sustentarían los pórticos mediante columnas y pilares.



Fotogrametría del foro y teatro

El frente de la plaza, que debía resistir el empuje de los rellenos más importantes, se cerró mediante una gran cisterna a modo de criptopórtico abovedado, realizada en argamasa o mortero mezclado con piedra (*opus caementicium*), que se anclaba fuertemente en el terreno, con una mayor profundidad en los extremos debido al desnivel de su asiento. Esta gran cisterna tenía una función doble: delimitaba la plaza, ejerciendo de poderoso contrafuerte, y, al mismo tiempo, recogía las aguas que vertían hacia el interior los tejados de los pórticos perimetrales, gracias a una arqueta situada en su extremo sur. Las aguas

eran conducidas a esta zona mediante una ligera inclinación del pavimento, que, para facilitar su evacuación tenía un desnivel total de 20 cm de un extremo a otro.

El límite de la excavación del terreno para abrir la plaza coincidía con el inicio del espacio reservado al templo. Efectivamente, desde ese punto hay una superficie similar, de otros 50 m de longitud, hoy de roca casi totalmente desprovista de restos, que estaba subdividida en dos mitades iguales. La primera de ellas constituía la extensión máxima de la plataforma sobre la que se levanta el templo (*podium*), mientras que el resto, tras el edificio, estaba reservado a una zona ajardinada —seguramente, un área sacra, al igual que ocurría en numerosos santuarios del mundo clásico—, quizá ocupada por una plantación de arbustos o árboles de especies escogidas.

El templo principal de Bómbilis se ubicaba aquí pero de él tan sólo subsisten vestigios parciales que, no obstante, permiten delimitar con seguridad su podio y parte de su revestimiento, la escalinata de acceso, el nivel aproximado del pavimento de la sala principal del santuario (*cella*) y restos parciales de los muros en los cimientos. Éstos, con anchuras que oscilan entre los 80 y los 60 cm, estaban realizados en la irregular piedra local, asentada directamente sobre la roca o tras previa preparación de la misma.

Del edificio propiamente dicho se han recuperado muy escasos restos, ya que fue desmontado para aprovechar

sus sillares, vigas y todo aquello que pudiera ser de utilidad. Algunos fragmentos de sus columnas, cornisas y tejas, planas (*tegulae*) o cóncavas (*imbrices*), son el corto bagaje con el que se ha contado para llevar a cabo una reconstrucción plausible sobre el papel.



*Pavimento de la plaza del foro*

De ellos se deduce que el principal templo de Bilibilis tuvo, al menos, dos fases constructivas que se pueden fechar sin demasiadas dificultades, por los escasos pero relevantes materiales encontrados, en las épocas augusto-tiberiana y de Trajano.

En ambas se mantuvo el mismo tipo de edificio: hexástilo (con seis columnas en su fachada principal), períptero (con todo su perímetro rodeado por una columnata) y *sine posticum* (sin puerta en la fachada trasera). Era de dimensiones considerables (alcanzaba los 12 m de altura) y de albo color, por la tonalidad de las calizas y yesos, así como por los revestimientos marmóreos, de *marmor lunense*, empleados en su ornato. Sólo destacarían por su diferente tonalidad el

tejado, de teja rojiza, y las puertas, de madera noble, con herrajes de bronce.

El emplazamiento del templo en una posición dominante sobre el resto está condicionada por el propio terreno, pero, al mismo tiempo, responde al modelo y esquema tradicional de foro de época imperial, dotado de tres elementos primordiales: el propio templo, la plaza porticada y la basílica, que se combinan en función de la topografía. Según José Luis Jiménez, la ubicación del templo es muy afortunada, al aprovechar una elevación natural que acentuaría la majestuosidad del conjunto, sobre todo



*El foro y el teatro, vista general en 1999*

visto en perspectiva. Esa localización también servía para establecer una cierta jerarquía entre los distintos componentes del complejo.

La comunicación del templo con la plaza que se abría a sus pies se efectuaba mediante una escalera monumental, para cuya construcción se había reservado parte de la roca natural; completada con obra de fábrica, estaba ricamente revestida, como el resto, con plaqueado de piedra blanca. Tenía más de 9 m de longitud por casi 8 de anchura y poseía el valor añadido de contribuir a marcar el principio de axialidad que presidía la ordenación de todo el conjunto. Sobre la escalera, y en el rellano entre su coronación y la columnata del templo, había espacio suficiente para colocar un ara de sacrificios, que no se conserva. La plaza, abierta delante del templo en un nivel inferior, es casi cuadrada, con poco más de 48 m de longitud y algo más de 44 de anchura; en estas dimensiones se incluyen sus pórticos laterales, lo que la asemeja a las plazas cuadradas de otros ejemplos hispanos, como Ampurias o *Baelo Claudia* (Bologna, Cádiz). La orientación de las grandes y gruesas losas de caliza que la pavimentan responde, igualmente, al criterio de axialidad norte-sur que rige toda la obra.

La basílica del foro de Bílbilis, tercer elemento fundamental en este tipo de monumentos, se dispondría en uno de los lados largos, concretamente en el oeste. Su estructura se erigía sobre un alto basamento, mediante posibles

criptopórticos que permitían alcanzar el nivel de la plaza desde el muy inferior de los laterales. Se cimentó con cajos y apoyos de distribución regular muy cuidada; la parte baja de los criptopórticos quizá albergó dependencias vinculadas a funciones públicas (tal vez, la ceca monetar, ya que allí se encontraron un grupo de cospeles para ases hispanorromanos sin acuñar). Sobre este gran soporte se levantaría la basílica, seguramente de tres naves, a juzgar por el trazado de la cimentación de los criptopórticos, o bien de dos naves y un pórtico corrido como fachada en uno de sus laterales, que daría a la plaza del foro. No obstante, es más probable que se tratase de un edificio de tres naves, de acuerdo con el modelo preferido en la Península Ibérica: *Baelo Claudia*, *Saguntum*, *Clunia*, *Conimbriga*, *Valeria*, etc.

Es posible que sean los pórticos los elementos más significativos en Bilibis, puesto que constituyen la proyección externa de las terrazas arquitectónicas y la coronación de los criptopórticos. El esquema frontal en rectángulo abierto con un lado corto que se plantea delante del templo se repite en las partes lateral y posterior del mismo, completando así el cierre total del conjunto. Los pórticos sirven para multiplicar el espacio del foro, al tiempo que arbitran ingeniosos sistemas de comunicación con el teatro, por su ala oeste, y albergan los accesos al complejo. En el lado oriental se ha conservado, en su terraza inferior, el criptopórtico lateral con el pórtico encima, abierto a la plaza.

El pórtico de la plaza estaría ocupado seguramente por locales comerciales (*tabernae*) en el lado opuesto a la basílica. La comunicación con el criptopórtico de tránsito se realizaba por medio de una escalinata situada en su extremo norte y apoyada sobre el muro del basamento de un gran edificio, al parecer la curia (senado ciudadano). De éste tan sólo ha quedado el basamento, construido en *opus caementicium* y de algo más de 8 m de altura, que se encuentra compartimentado interiormente y contiene una cisterna.

De los pórticos laterales y posteriores del templo, se sabe que se levantaron a altura superior, para acompañar al propio edificio, y que la conexión con el teatro se solucionó mediante pasajes columnados cubiertos que integraban ambas estructuras en un todo unitario, permitiendo acceder al teatro desde el foro y viceversa. En la parte posterior de estos pórticos, al Norte, se localizaron estancias que en épocas posteriores sirvieron de dependencias artesanales (al menos, un taller de metalistería y otro de fabricación de placas de vidrio para ventanas). Un pequeño *sacellum* en el camino empedrado de acceso al foro por el lateral Este, con podio moldurado y columnillas, todo él en piedra caliza blanca, debió de ser amortizado en la ampliación de los pórticos por ese lado.

La cronología del foro de Bílbilis es difícil ajustarla con precisión, dados el avanzado grado de pérdida de elemen-

tos arquitectónicos y la alteración de los casi desaparecidos niveles arqueológicos. No obstante, puede apuntarse con seguridad que su erección se acometió en los primeros momentos de la dinastía Julio-Claudia, habiendo sido programado seguramente en época de Augusto, tras la concesión de su estatuto municipal. Si se atiende, como es preceptivo, a la inscripción conmemorativa dedicada a Tiberio, hay que considerar como probable para la inauguración del conjunto básico (al menos, templo y plaza) el año 28 d.C., cuando dicho epígrafe fue colocado, aunque su construcción se prolongase luego, como fue habitual en las obras de gran envergadura, durante toda la primera mitad del siglo I. De acuerdo con las evidencias arqueológicas, se sabe que hubo remodelaciones en tiempos de Trajano que afectaron, como mínimo, al templo y a los pórticos posteriores, tal vez por haber tenido problemas de cimentación. De esa época sería también la renovación de algunos elementos decorativos, ya que apareció embutida en los cimientos del templo una cabeza bastante deteriorada, retrato de Tiberio joven del llamado “tipo oficial de El Fayum (Egipto)”, realizado en mármol de Luni.

## **OTROS TEMPLOS EN LA CIUDAD**

Se atribuye a la ciudad, por suposiciones y por el hallazgo de diferentes restos, muy fragmentarios, alguna edificación más de carácter religioso. Una de ellas, de orden jóni-

co —a juzgar por los capiteles que se encontraron y la delimitación del posible *podium* de soporte—, se localiza en la calle que subía desde la puerta meridional del Jalón hacia el centro de la urbe.

Los fustes de columnas, de 60 cm de diámetro en caliza blanca de calidad, evidencian un edificio de notables proporciones, tal vez dedicado a alguna advocación femenina; la aparición en las proximidades de una casa unifamiliar (*domus*) con una espléndida pintura de una Isis Fortuna sobre el pequeño altar de su entrada, sugiere la posibilidad de que estuviese consagrado a esta divinidad. Los capiteles, de muy buena factura, se datarían en el último tercio del siglo I a.C.

En la zona alta de San Paterno, sobre el espolón que dominaba el río, en una posición muy vistosa, debió de alzarse otro templo de estructura y advocación desconocidas, del que sólo han permanecido los muros de sus cimentaciones, muy degradados.

La gran extensión de la ciudad puede hacer pensar en la existencia de alguna otra edificación más de este tipo, pero por el momento no se han hallado restos identificables.

## **EL TEATRO**

Uno de los monumentos más representativos de la urbe romana es el teatro, auténtico símbolo de romanidad,

imprescindible en todas y cada una de las ciudades, por reducida que fuese su importancia. Bílbilis, ese orgulloso *municipium*, cuenta, cómo no, con un edificio para representaciones teatrales.

Lo primero que debe apreciar el visitante es, precisamente, su situación dentro de la trama urbana. El teatro bilbilitano estaba previsto en la planificación de la gran reforma realizada a partir de época augústea: su perfecto ajuste con el conjunto del foro y el templo hace impensable otra posibilidad. Desde el primer momento, hubo un espacio predestinado para esta obra, que debía ocupar dicho lugar en un todo armonioso y espléndido. El conjunto iba a ser el principal elemento propagandístico de la población renovada, de su acrecentada romanidad y de la categoría que habían alcanzado sus habitantes con el nuevo estatus otorgado por Augusto.

Las excavaciones se ocuparon de poner al descubierto los conjuntos principales y pronto le llegó el turno al teatro, del que se conocía su ubicación exacta pero del que quedaban muy pocas evidencias sobre el terreno. En un primer momento, se pudieron comprobar las posibilidades que ofrecía su recuperación, que todavía no ha finalizado, así como obtener las iniciales aproximaciones cronológicas y estructurales, merced a los estudios realizados por el equipo encargado de la excavación y a la especial dedicación al monumento por parte de Julio Núñez, quien lo hizo objeto de su tesis doctoral.



*Foro y teatro bajo la nieve*

El teatro de Bílílis se sitúa en un profundo barranco entre el montículo de Santa Bárbara, ocupado por el foro, y el Cerro de Bámbola, lo que obligó a sus constructores a superar las deficiencias de las pendientes mediante una infraestructura mixta, sin abandonar en ningún caso el planteamiento de un teatro adosado al terreno, la fórmula más sencilla en lo constructivo y económica en su realización. A ello contribuía claramente el relieve, muy adecuado para tal fin.

En las tareas de acondicionamiento se tuvo que preparar el terreno, tallando en la roca las líneas generales de modo

escalonado. Se dio forma previa a lo que luego serían las diversas zonas del graderío con la aplicación directa de placas de revestimiento o rellenando con masas de *opus caementicium* las depresiones naturales hasta alcanzar las cotas deseadas.

La parte central del graderío (*cavea*) fue la que planteó mayores problemas, ya que hubo de ser drenada para dar paso a las aguas que descendían por el desnivel existente por medio de canalizaciones que se llevaron enterradas hasta la zona posterior del edificio de la escena (*scaena*).

Igualmente, fue necesario acondicionar el espacio destinado a la orquesta (*orchestra*, superficie semicircular frente a la escena) y la estructura situada tras la escena (*scaenae-frons*), con la construcción de un gran muro transversal de cierre que servía de contención de toda la obra y de soporte del aparato escénico. Sobre el relleno de la orquesta y asentado sobre el fondo del barranco, se dispuso la cimentación de la parte delantera de la escena (*frons pulpiti*) y del *scaenae-frons*, respectivamente.



*Basamento del scaenae frons*

El muro de contención supera los 7 m de altura y los 5 de anchura desde el fondo del barranco hasta el nivel del que parte la construcción de la escena. Todo el conjunto se realizó en piedra sin labrar (*opus incertum*) fuertemente trabada con abundante argamasa y una colocación más cuidada de los bloques, entre los que se incluyeron hiladas de lajas horizontales para mejorar su estabilidad. Tras este potente muro se levantaron otros ocho, perpendiculares a él, encargados de elevar las dependencias ubicadas tras la escena (*postcaenium*) hasta el nivel de la misma; aún fueron prolongados en una segunda fase, tal vez cuando tuvo lugar la reforma del aparato escénico.

Aparte de los drenajes ya aludidos, el teatro de Bílbilis contaba con una gran cisterna de almacenamiento de agua situada en el extremo Este del graderío, donde limitaba el recorrido de una cripta, que debió de servir para las aspersiones de perfumes (*sparsiones*), o que quizá estuvo en relación con fuentes o surtidores ornamentales, desaparecidos en el teatro bilbilitano pero presentes en innumerables ejemplos.

El trazado de este edificio de espectáculos cuenta con un diámetro orquestal de 20 m y un desarrollo de 180° completos desde el límite del graderío bajo. La comunicación exterior por la parte alta se aseguraba mediante un acceso central delante del *sacellum* que coronaba el conjunto y por otras dos vías de salida (*vomitoria*), mientras



*Gradas del teatro*

que en la parte inferior el ingreso se efectuaba por las salas laterales a la escena (*parascaenia*) y por unas entradas al pasillo del graderío medio situadas sobre las anteriores, a las que se llegaba por unas escaleras.

El graderío posee un diámetro de algo más de 73 m que se amplía hasta los 78 si se incluye el desarrollo de la cripta hasta su fachada exterior. Su planta es estrictamente semicircular, desde el eje de simetría del edificio hasta la galería (*praecintio*) existente entre las zonas baja y media, lugar en el que se retrae  $21^\circ$  —una de las características singulares de esta obra— para adaptarse a los pórticos laterales del foro en ese lado, ya que había que fusionar una estructura rectilínea, la del foro, con la curva correspondiente al teatro. La fachada exterior en la parte alta central,

la correspondiente al *sacellum*, sufre un ensanchamiento para albergar dos cajas de escaleras de acceso al teatro, que lo comunican con el pórtico del graderío superior por ambos lados.

El aludido *sacellum* dispone de un podio, casi enteramente conservado incluso en su revestimiento de bloques de yeso alabastrino. Por el revestimiento en sillar bien dispuesto (*opus quadratum*), se puede deducir que era un templete con una fila de columnas empotrada en el muro (*pseudoperipteros*), con una distancia equivalente a tres diámetros de columna entre soporte y soporte. Medía aproximadamente 11'5 por 7'5 m, con un soportal (*peristasis*) de seis columnas en los lados largos y de cuatro en los cortos.

Este pequeño templo fue construido, sin duda, para dar cabida en un edificio tan cargado de connotaciones culturales y religiosas como el teatro a la imagen divinizada de un miembro de la familia imperial; en este caso, ese personaje parece que fue femenino, lo que se deduce de la escultura fragmentada que se halló en su entorno y en el fondo de la orquesta, que muy probablemente se deba identificar con Livia, de acuerdo con paralelos tan significativos como los de *Leptis Magna* (Túnez) o Herculano (Italia), y con la propia época de construcción del teatro bilbilitano.

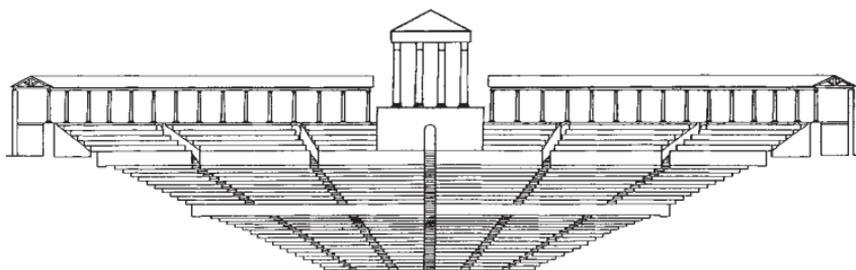
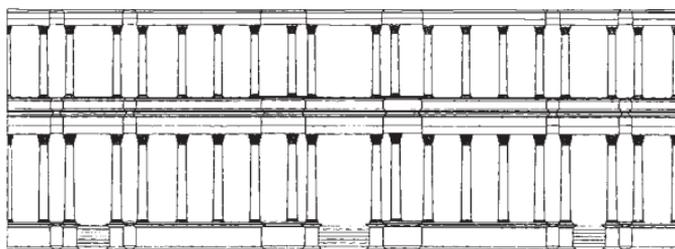
En cuanto a la capacidad del teatro, se calcula que tuvo un aforo de 4.622 espectadores, que se podían distribuir en treinta gradas, cantidad que no deja de sorprender si se

compara con la de otros teatros peninsulares de ciudades más importantes.

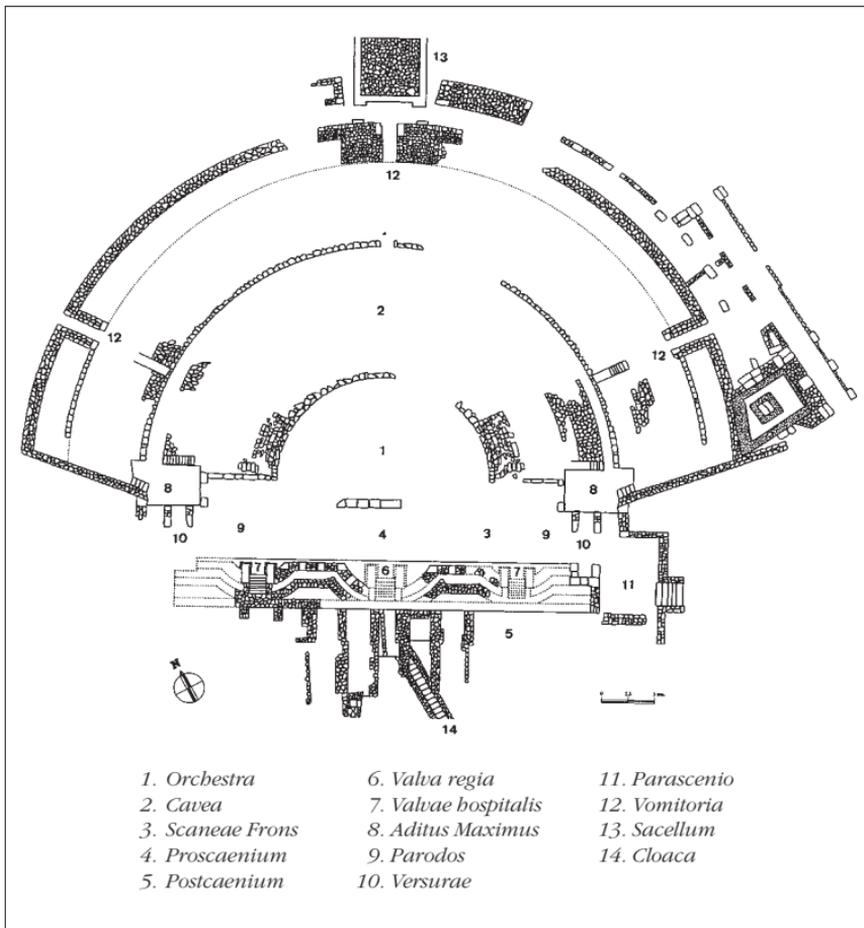
La escena era la parte más bella del edificio, la que debía centrar los esfuerzos decorativos, pues constituía el punto central de atención. Del proscenio sólo se conservan restos del muro de delimitación: quedan todavía varios sillares *in situ* de gran tamaño y algunas molduras marmóreas. Su decoración frontal se ha perdido, pero la recuperación de algunos tramos completos de cornisas permite reconstruir su distribución, y también establecer comparaciones con modelos repetidos en otros teatros hispanos.

De la estructura situada tras la escena se han hallado restos en casi todo su recorrido y existen suficientes elementos como para realizar, con poco riesgo, su reconstrucción teórica. Era de tipo mixtilíneo, con un trazado sinuoso compuesto por tramos rectos alternados con exedras curvas, en cuyo interior se sitúa un vestíbulo (*prothyron*) avanzado que enmarca las valvas (*valvae*). Fue erigido con dos muros paralelos, que en alzado se corresponden con el podio sobre el que se asientan la columnata inferior y la pared de fondo, respectivamente. Dicho podio se conserva en toda su altura en algunos tramos, así como dos de sus basas y el arranque de columnas acanaladas. Se puede deducir la existencia de un frente de escena de dos niveles, con 22 columnas por piso, incluyendo los vestíbulos adelantados. El modelo de tres exedras curvas emplea-

do en Bílíbilis tiene referencias muy cercanas, tanto geográfica como temporalmente, en el teatro de Sagunto, pero no es usual en el resto del Imperio, donde los ejemplares comparables más próximos corresponden a fechas más tardías. Así pues, los de Bílíbilis y Sagunto son los teatros en los que, por ahora, se documenta más tempranamente esta solución decorativa.



*Reconstrucción teórica del teatro de Bílíbilis: arriba, alzado del scaenae frons; abajo, el graderío (según M. Martín-Buena y Julio Núñez Marcén)*



*Planta del teatro de Bilibis en el momento actual de su excavación*

El teatro se completa con elementos accesorios, como unas amplias salidas (*versurae*) desde las que se accede a los pasillos (*itineria*) y a unas angostas salas laterales donde se encontraban las escaleras que subían a la zona superior de la escena (*episcaenium*). La parte posterior del escenario, debía de constar de un único corredor, más tarde ampliado, cuyos pisos estaban separados mediante estructuras de madera. Con la ampliación, alcanzaría las dimensiones de un pequeño pórtico, bajo el que existirían algunas dependencias de función desconocida pero vinculadas, seguramente, a su funcionamiento.



*Excavación del teatro*

La datación del edificio se basa en elementos argumentales sólidos, desde los datos estratigráficos, recientemente ampliados en la campaña de excavaciones del verano de 1999, hasta las precisiones proporcionadas por la decoración pictórica y por sus elementos decorativos y estructurales. Se inició su construcción, con la elevación de infraestructuras y el graderío, en época de Augusto o en los primeros años del reinado de Tiberio, según los materiales hallados en los rellenos fundacionales del *postcaenium*, que durante los últimos trabajos se han confirmado para la época augústea en los aparecidos bajo la cripta del alto graderío en la zona oeste.

En el reinado de Tiberio, en fecha temprana, y probablemente tras inaugurarse los elementos esenciales del complejo forense, se abordaría la finalización de la cripta y la unión entre los pórticos del foro y el teatro en la parte Este del mismo, según los restos de cerámica *sigillata* itálica hallados bajo el suelo en esta zona. Este largo periodo de construcción parece concluir entre los últimos años del mandato de Tiberio y la ascensión de Claudio, cuando se llevaría a cabo la decoración arquitectónica del *scenaefrons* y se aplicarían los estucos pintados que ornaron el pórtico.

Más tarde, entre finales del siglo I d.C. y el primer cuarto del siguiente, se procedió, de forma aislada, a realizar la ampliación del *postcaenium* como colofón a las obras.

El abandono de su función original debió de ser progresivo, con reutilizaciones parciales de sus elementos mejor conservados, pero definitivo a partir del siglo III d.C.

### **LAS TERMAS**

La ciudad contó con un establecimiento para baños de carácter público, lo que no excluye la existencia de algún otro, dado el tamaño de los conocidos y la recuperación aislada de materiales de construcción atribuibles a este tipo de edificaciones. También habría termas privadas, de las que al menos se cuenta con un ejemplo de aparición reciente.

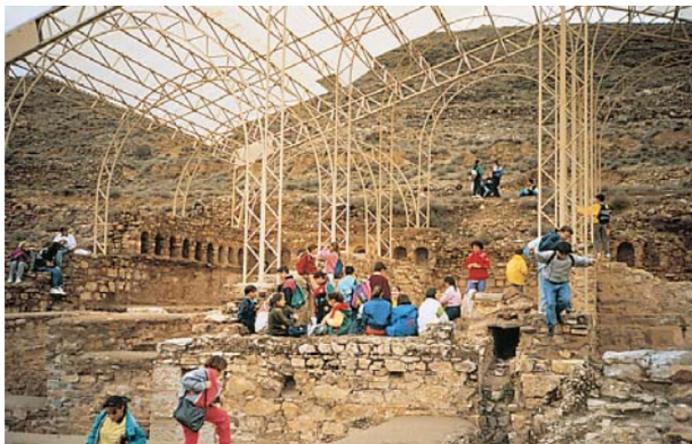
Las termas bilbilitanas mejor conocidas se hallan en la parte alta de la ciudad y reciben el imprescindible suministro de agua desde dos grandes cisternas situadas junto a ellas que no funcionaron simultáneamente, ya que pertenecen a dos fases distintas de utilización del edificio. El primer conjunto termal era de dimensiones reducidas y queda por debajo de los restos visibles en la actualidad o forma parte de los mismos. Se trataba de una estructura muy simple de la que se han conservado dos salas, un caldario (para baños calientes) y un tepidario (para baños templados), pero no así el frigidario (para baños fríos), ni el vestuario (*apodyterium*). En la ampliación siguiente se aprovechó parte de las habitaciones preexistentes y se construyeron nuevas salas que conformaron

un complejo casi completo, a falta de los espacios abiertos (posible *natatio* o piscina y la palestra, para ejercicios gimnásticos, que no se han encontrado y que tal vez no existieron nunca).

En la primera fase, que debe fecharse en época de Augusto, se disponía de una dependencia subterránea donde se calentaba el aire (*hypocaustum*) para el sistema de calefacción, de tipo circular, ciertamente arcaico, sostenido parcialmente por suspensores de ladrillo y canales practicados en la solera maciza. Además, el edificio poseía una habitación para calentar el agua (*praefurnium*), de cuyas escaleras de servicio existen restos.



*Termas, vista general*



*Termas en día de visita escolar*

En la segunda fase se ampliaron todas las salas hacia el Norte, se añadieron otras y se varió el circuito de circulación para acomodarlo a las nuevas obras. Se consiguió un edificio mayor, con entrada hacia el Sur por medio de una escalera en cuarto de círculo que asciende y gira hacia la izquierda, sobre un espacio destinado probablemente a letrinas; después, hacia la derecha, por una escalera de madera, se penetra en el vestuario, dotado de hornacinas para guardar la ropa y las pertenencias de los usuarios. Desde ahí se pasa al frigidario, dotado de una pequeña piscina cuadrada sin calefactar para tomar baños de agua fría. Luego se accede a una sala templada de tránsito y, después, al caldario, con calefacción bajo el suelo y

a través de las paredes (*concammeratio*), en uno de cuyos extremos se ubicaba una gran bañera de obra, revestida de mosaicos, a la que llegaba agua caliente de un depósito situado en una habitación contigua.

Abierta a esta sala, había una pequeña estancia comunicada por un elegante arco, pavimentada igual que el resto con mosaicos de *opus tessellatum* (confeccionado con teselas, pequeñas piezas vítreas de colores), en cuyo centro se hallaba una fuente (*labrum*) que suministraba agua fresca en aquel ambiente, muy caluroso y húmedo, del caldario. Se trataba de una pequeña habitación de reposo.

La instalación se completaba con otras salas, una de ellas circular, de función no conocida, y con dependencias para el servicio de atención a las instalaciones, escaleras y puertas de acceso separadas de las de los clientes.

Las termas bilbilitanas estuvieron ornamentadas, como otros muchos ejemplos conocidos, con pavimentos musivos o de ladrillos de pequeño tamaño, que formaban decoraciones de motivos geométricos, entre otros en espina de pez (*opus spicatum*). Las paredes y techos se cubrieron con pinturas policromas de temas diversos y gran calidad, entre las que predomina el denominado “IV estilo pompeyano” para la fase segunda del edificio. El conjunto estuvo en uso desde la época de Augusto, en que se erigió el primer establecimiento, hasta el siglo II; posteriormente fue modificado y utilizado para otros fines.

## ZONAS RESIDENCIALES: CASAS DE RICOS, CASAS DE POBRES



**E**n BÍlbilis se empezaron a conocer, al iniciarse las excavaciones en 1971, estructuras domésticas que permitieron apuntar las primeras características de sus edificios de viviendas. Con posterioridad, fueron saliendo a la luz nuevos sectores urbanos que aportaron más vestigios parciales, pero en ningún caso, puesto que la atención prioritaria se centraba en las áreas públicas, se disponía de información completa sobre una casa excavada en su totalidad. Hasta 1997 no se acometió el estudio detallado de las zonas privadas, las lujosas mansiones y los apartamentos más modestos de los convecinos de Marcial.

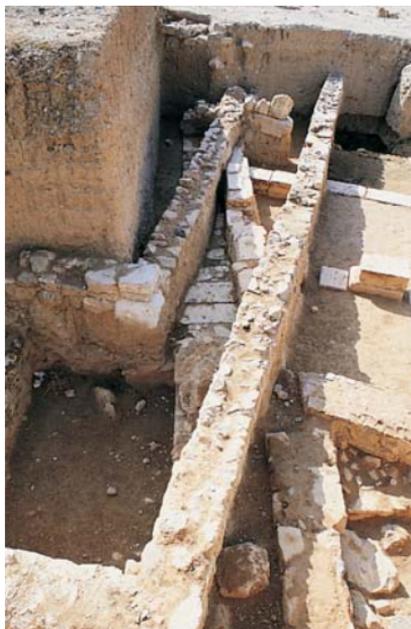
Las primeras casas excavadas fueron las de la zona de Bámbola, por encima del teatro. Allí se perfiló ya lo que iba a ser una constante en el urbanismo privado de los bilbilitanos. Viviendas encaramadas en las laderas de la montaña que hacían buena la descripción de Marcial cuando las calificaba como «*pendula tecta*» (tejados en pendiente o inclinados) y «*acutis pendentem scopolis*» (cubiertas agudas y en pronunciada pendiente), aludiendo a que los tejados de unas casas quedaban al nivel del suelo de otras. El hallazgo en las excavaciones de los años setenta de bodegas y casas repartidas en varios niveles, con esca-

leras de comunicación interiores, así como un determinado uso de los materiales que combinaba piedra del terreno y adobes, todo ello revestido por estucos pintados, parecía dejar poco margen a la imaginación. Sin embargo, ya entonces sorprendía la riqueza de las decoraciones pictóricas, incluso sobre unos muros de apariencia interior pobre aunque de extraordinaria solidez.

Poco a poco, se fueron descubriendo partes de otras viviendas, con patios interiores y peristilos (patios porticados), típicamente mediterráneas, y se pudo verificar que, con frecuencia, habían sufrido modificaciones en su planta y estructura. Se comprobó la presencia asociada a las casas de cisternas de abastecimiento de agua, canalizaciones de conducción y evacuación, las consabidas cloacas, y algunos elementos ornamentales urbanos, como fuentes públicas.

No obstante, la sorpresa surgió a partir de 1997, al acometerse la excavación en extenso de una amplia zona alejada a las termas, ocupada en su totalidad, según se comprobó, por lo que ya es considerado un barrio residencial, con viviendas de varios pisos y fachadas comerciales con locales para esos menesteres.

Estas viviendas se levantaban en la ladera del Cerro de Bámbola y miraban hacia el Este, es decir, hacia el sol de mañana; esta posición las preservaba, además, de los vientos dominantes. La casa principal, una rica *domus*



*Superposición de viviendas*

con patio interior (el atrio), tiene dos fachadas, una comercial con orientación Sur y otra en el lado contrario, en la que se ubicaba la entrada a la vivienda. Ambas se abren a calles paralelas situadas en diferentes cotas, con una diferencia entre ambas de unos 8 m, lo que permite disponer dos plantas. La calle inferior estaba pavimentada con una argamasa resistente, mezclada con tierra, sobre una buena preparación, y no se excluye la posibilidad de que hubiera un posible enlosado superior, hoy perdido. Se ha documentado la existencia de

aceras, así como algunas piedras pasaderas hasta el otro lado de la calle, que tiene unos 4 m de anchura. La vía superior, de parecidas dimensiones, presenta una zona de tránsito de similares características, con la particularidad de que quedan restos de una cloaca que corría bajo uno de sus márgenes para drenar las aguas de lluvia.

Por uno de los costados de la casa, y separándola del conjunto de las termas, ya que está situada sobre la misma

terrazza que aquéllas, discurre una calle muy empinada —de unos 8 m de cota— que continúa hacia arriba en prolongación visible. Está flanqueada por escaleras de bloques de yeso alabastrino, a modo de aceras, que en fecha tardía fueron parcialmente retiradas para cerrar con ellas la parte inferior de esta calle, colonizada por las casas anejas.

La disposición expuesta refleja un urbanismo reticular, establecido en pendiente, nada extraño ni ajeno al mundo clásico, a la par que responde perfectamente a las descripciones que de su ciudad hizo el poeta Marcial.

La casa, de grandes dimensiones, está, pues, colocada en dos niveles de terrazas sujetas por poderosos muros de contención, asentados en la misma roca y hechos, como es habitual, con la propia piedra del terreno. La terraza inferior, más estrecha, alberga tan sólo una serie de estancias que se abren a la fachada soleada, locales comerciales que gozaban de una privilegiada situación junto a las termas, por lo que es de suponer que tenían la clientela asegurada. Han aparecido compartimentadas por muros perpendiculares a la calle y a la terraza, con zócalos inferiores de piedra en seco sobre los que se levantan paredes de adobe, que continúan hasta la altura de la techumbre. Los suelos son de tierra mezclada con cal y se disponen sobre la misma roca. Las paredes estaban revestidas con un mantado de barro y cal, pintado de blanco en las estancias más sencillas y con motivos de color en las principales.



Caupona en la Domus de los signina

Las habitaciones aparecieron casi desprovistas de ajuar, pero con un potentísimo relleno del escombro de las plantas superiores: restos de muros, techos y suelos, estucos y elementos decorativos estructurales. Tan sólo una de ellas aportó un hallazgo excepcional. En el lado izquierdo del segundo local desde

el edificio de las termas hay un muro de adobe de unos 120 cm, paralelo al de compartimentación de la estancia, terminado en curva y que cierra en él; se trata del mostrador de un bar, una *caupona* romana para expender bebidas y alimentos cocinados calientes. Esta función se deduce con seguridad tanto por la tipología de la estancia con mostrador como por la presencia de diversos fragmentos, algunos muy completos, de fuentes y vasijas propias de este tipo de establecimientos.

Se ha mencionado ya que la entrada a la casa se hallaba en la fachada posterior, cosa habitual en el mundo romano, que buscaba ante todo la privacidad. Dada la diferencia de cota con la fachada Este, la entrada conducía directamente a la segunda planta, al nivel de aquella calle, de la que no han quedado restos ya que se desplomó. Su distri-

bución sería igual que la de la planta inferior y estaría dedicada a estancias privadas y, tal vez, a cocina, por su fácil acceso desde la calle.

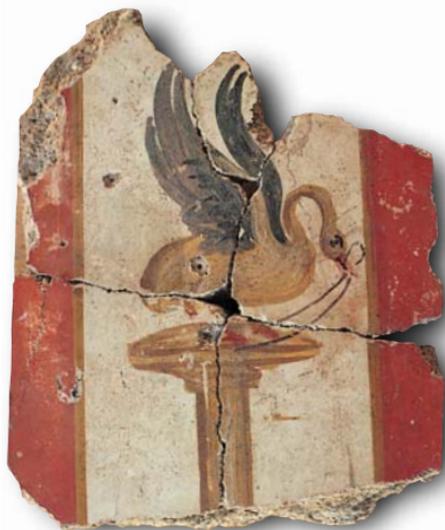
La planta inferior se articulaba mediante un patio interior cuadrangular delimitado por cuatro columnas, de las que permanecen sus basas; tenía un pasillo perimetral estrecho al que se abrían las estancias, alguna de considerables dimensiones. De ellas se han conservado buena parte de los suelos, con pavimentos de morteros de diferentes colores, oscuros, ocre, blancos, así como de *opus signinum* con incrustaciones de teselas blancas. Se han identi-



Balneum *privado*



*Decoración pictórica*



*Decoración pictórica con cisne*

ficado alcobas, un triclinio (comedor) y, lo que es más excepcional, un cuarto de baño completo (*balneum*), estancia totalmente inusual en una vivienda privada: consta de letrina, bañera empotrada de obra con su repisa para dejar objetos y pavimento resistente al agua, sobre el que se colocaría la tercera pieza necesaria, un trípode bronceo con una palangana y una jofaina para las abluciones. Esta singular y rica pieza, situada junto al dormitorio principal, se completaba con una instalación de calefacción por debajo de suelo mediante cámara hueca. Dicho sistema se atendía desde una pequeña estancia contigua, ubicada bajo la escalera que descendía desde el piso superior.

La *Domus de los signina* (tal es el nombre que se le ha dado) es un ejemplo singular de riqueza y refinamiento digno de cualquier patricio de la misma Roma, pero ¿quién era el afortunado y caprichoso propietario de esta casa en BÍlbilis? El edificio estaba profusamente decorado con pinturas y estucos en relieve coloreados, en paredes y techos, de los que se han hallado conjuntos de gran importancia y belleza de los estilos pompeyanos III y IV; se fechan a partir de los últimos decenios del siglo I a.C.

Junto a esta mansión existen al menos otras dos viviendas de características similares, una de ellas con una instalación artesanal y todas, en general, decoradas con ricas pinturas que están en proceso de estudio. Estas casas disponen de al menos dos alturas, pero tal vez no alcancen la magnitud de la primera, que tiene dos pisos más una planta baja de carácter comercial, lo que la equipara a las opulentas casas italianas del momento y que sin duda pertenecía a un ciudadano que estaba muy al corriente de las modas y lujos de la gran ciudad. Era, por lo tanto, una vivienda de ricos, mientras que otros sectores de la ciudad, con casas organizadas en espacios menores, correspondían a propietarios más modestos.

# BIBLIOGRAFÍA



- DOLÇ, M.: *Hispania y Marcial*. CSIC, Madrid, 1953.
- GARCÍA CASTÁN, C.: *Marcial*. Cai100, CAI, Zaragoza, 1999.
- GUILLÉN, J.: *Epigramas de Marco Valerio Marcial*. IFC, Zaragoza, 1986.
- GUIRAL PELEGRÍN, C. y MARTÍN-BUENO, M.: *Bilbilis I. Decoración pictórica y estucos ornamentales*. IFC, Zaragoza, 1996.
- MARTÍN-BUENO, M.: *Bilbilis Estudio Histórico-Arqueológico*. IFC, Zaragoza, 1975.
- «La ciudad hispanorromana en el Valle del Ebro», en *La ciudad Hispanorromana*, pp. 109-127. Ministerio de Cultura, Madrid, 1993.
- «El foro de *Bilbilis*», en *Los foros romanos en las provincias occidentales*, pp. 99 y ss. Ministerio de Cultura, Madrid, 1987.
- «*Bilbilis*. Arquitectura doméstica», en *La casa urbana hispanorromana*, pp. 165-180. IFC, Zaragoza, 1991.
- MARTÍN-BUENO, M. y NÚÑEZ MARCÉN, J.: «El teatro del *Municipium Augusta Bilbilis*», en *Teatros romanos de Hispania. Cuadernos de Arquitectura romana*, vol. 2, pp. 119-132. Murcia, 1993.
- MARTÍN-BUENO, M. y NAVARRO CABALLERO, M.: «Estudio sobre la epigrafía romana de *Bilbilis* (E. R. Bil.)», en *Veleia 14*, pp. 205-239, 1997.



21. **Gaspar Sanz, el músico de Calanda** • Álvaro Zaldívar
22. **El retablo de la catedral de Huesca** • Equipo de Redacción Cai100
23. **El Ebro** • Amaranta Marcuello - José Ramón Marcuello
24. **Magdalena, Navarro, Mercadal** • Ascensión Hernández
25. **Los fósiles en Aragón** • Eladio Liñán
26. **El Real Zaragoza** • José Miguel Tafalla
27. **El reino de Saraquista** • M<sup>a</sup> José Cervera
28. **Gargallo, Condoy, Serrano** • Ángel Azpeitia
29. **Los vinos aragoneses** • Juan Cacho Palomar
30. **Ramón J. Sender** • José-Carlos Mainer
31. **Toreros aragoneses** • Ricardo Vázquez-Prada
32. **El folclore musical en Aragón** • Ángel Vergara
33. **El Canal Imperial de Aragón** • A. de las Casas - A. Vázquez
34. **Los castillos de Aragón** • Cristóbal Guitart
35. **La población aragonesa** • Severino Escolano
36. **La techumbre mudéjar de la Catedral de Teruel** • Gonzalo Borrás
37. **Los balnearios aragoneses** • Fernando Solsona
38. **Emprender en Aragón** • Benito López
39. **Francisco Pradilla. Un pintor de la Restauración** • Equipo de Redacción CAI100
40. **Obras hidráulicas en Aragón** • Carlos Blázquez y Tomás Sancho
41. **Las Órdenes Militares en Aragón** • Ana Mateo Palacios
42. **La moneda aragonesa** • Antonio Beltrán
43. **Los montes, patrimonio natural** • Ignacio Pérez-Soba
44. **Lucas Mallada y Joaquín Costa** • Eloy Fernández Clemente
45. **Los palacios aragoneses** • Carmen Gómez Urdáñez

- 46. **Realizadores aragoneses** • Agustín Sánchez Vidal
- 47. **El Moncayo** • Francisco Pellicer
- 48. **Las reinas de Aragón** • Concha García Castán
- 49. **Bíbilis Augusta** • Manuel Martín Bueno



- 50. **La Real Sociedad Económica Aragonesa de Amigos del País** • José F. Forniés Casals
- 51. **La flora de Aragón** • Pedro Monserrat
- 52. **El Carnaval** • Equipo de Redacción CAI100
- 53. **Arqueología industrial en Aragón** • J. Laborda, P. Biel y J. Jiménez
- 54. **Los godos en Aragón** • M<sup>a</sup> Victoria Escribano Paño
- 55. **Santiago Ramón y Cajal** • Santiago Ramón y Cajal Junquera
- 56. **El arte rupestre en Aragón** • M<sup>a</sup> Pilar Utrilla Miranda
- 57. **El ferrocarril en Aragón** • Santiago Parra de Mas
- 58. **La Semana Santa en Aragón** • Equipo de Redacción Cai100
- 59. **San Jorge** • Equipo de Redacción Cai100
- 60. **Los Sitios de Zaragoza** • Herminio Lafoz
- 61. **Los compositores aragoneses** • José Ignacio Palacios
- 62. **Los primeros cristianos** • Francisco Beltrán
- 63. **El Estatuto de Autonomía** • José Bermejo Vera
- 64. **Los Reyes de Aragón** • Domingo Buesa Conde
- 65. **Las catedrales aragonesas** • Equipo de Redacción Cai100